

Historia y espiritualidad pasionista - 29

Viller M., S.J.

**LA VOLUNTAD DE DIOS
EN LA DOCTRINA ESPIRITUAL
DE SAN PABLO DE LA CRUZ**

Roma 1985
Curia Generale Passionisti
P.zza SS. Giovanni e Paolo, 13

Indice

<i>Presentación</i>	1
<i>Introducción</i>	3
<i>1. — Perfección de la caridad y voluntad de Dios</i>	5
<i>2. — La vida de abandono a la voluntad de Dios</i>	8
1) Aceptación total de la voluntad de Dios	8
2) Dejar hacer a Dios lo que hace	9
3) Abandono a la voluntad de Dios en la oración	9
4) La unión con Dios, meta del abandono	12
<i>3. — Los frutos del abandono a la voluntad de Dios</i>	13
1) El abandono es la vía más corta para conseguir la perfección.	13
2) El abandono a la divina voluntad es el camino más sencillo.	16
3) El abandono al divino querer es un camino seguro.	18
<i>4. — Voluntad de Dios, Pasión de Cristo y sufrimiento humano</i>	19
1) La Pasión de Cristo motivo fundamental para vivir el abandono a la voluntad divina.	19
2) La imitación de Cristo Crucificado da al sufrimiento su valor y enriquece el abandono con una nueva fuerza que acredita su grandeza.	21
<i>Conclusión</i>	23
<i>Notas</i>	24

Presentación

El P. Viller S.I. escribió en 1950 este estudio, muy rico de información y profundidad, que conserva, por eso, todo su valor para conducir a la espiritualidad del abandono a la voluntad del Padre celeste, como la vivió Jesús en su experiencia terrena. La investigación indica también pistas sugestivas para ahondar en la doctrina original y en la experiencia mística de S. Pablo de la Cruz y en el carisma propio de la Congregación fundada por él.

Ese carisma es hacer y promover la grata memoria de la Pasión de Cristo, "la más estupenda obra del divino amor", como remedio del verdadero mal del hombre y como impulso para que pueda vivir según la justicia de Dios. Esto comporta el contemplar y acoger en la existencia propia la adhesión con que Jesús cumplió la voluntad del Padre. "Al entrar en el mundo dice: sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo..., He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad!... En virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación.... del cuerpo de Jesucristo" (Hebr. 10, 5-10).

De la lectura atenta de este estudio se podrá colegir cómo la doctrina de S. Pablo de la Cruz sobre el abandono a la voluntad de Dios y el carisma pasionista impulsan como vigorosos estímulos, a colaborar con todas las fuerzas personales con la voluntad salvífica del Señor en favor de los hermanos, y a cumplir, por eso, sin reservas la misión recibida de Dios.

Se han añadido, a veces, en las notas otros puntos de S. Pablo de la Cruz, para facilitar un conocimiento más amplio de la espiritualidad del Santo. Con las cartas se podría, en efecto, componer un libro no menos válido que el de Jean—Pierre de Caussade "El Santo Abandono" (a la divina Providencia).

El autor pudo sólo utilizar 4 volúmenes de las Cartas de S. Pablo de la Cruz. Hoy tenemos a la mano otro volumen de Cartas y cuatro más de los "Procesos de Canonización", que permiten ampliar la investigación, aunque no cambian el planteamiento y los resultados a que llegó el P. Viller con la documentación que poseía.

Para una ambientación sobre la doctrina del abandono a la voluntad de Dios en la tradición de la teología espiritual, se podrá leer con provecho el artículo del mismo P. Viller en el "Dictionnaire de Spiritualité", en la palabra "Abandono", vol. III, col. 2-25.

Hoy son también disponibles trabajos muy relevantes de los pasionistas P. Stanislas Breton, "La Mystique de la Passion", Tournai 1962, y del P. Enrico Zoffoli, "San Paolo della Croce, Storia critica" Roma, 1963-1968, 3 volúmenes.

El estudio del P. Viller me parece muy útil para una visión de conjunto y metódica, muy accesible también para los que están en período de formación en la familia de Pablo de la Cruz.

Los pasionistas han de sentir gratitud profunda hacia el P. Viller quien, además de este estudio, publicó en 1952, en "Mélanges Jules Lebreton" (T. II, p. 426-445), otro trabajo con el título "La Mystique de la Passion" en S. Pablo de la Cruz. Y también han de recordar con agradecimiento a otros dos Jesuitas: P. José Guibert, quien, en 1925, fué el primero que tradujo y publicó el Diario del Santo. Y el P. Jules Lebreton en 1948 dedicó, en su libro "Tu Solus Sanctus", un capítulo a S. Pablo de la Cruz, como modelo y doctor emi-

nente de mística reparadora. Estos estudios de espiritualidad han tenido el mérito de despertar la atención de los pasionistas y de otros autores de espiritualidad, sobre la originalidad de la experiencia y de la doctrina de S. Pablo de la Cruz.

P. Fabiano Giorgini C.P.

El autor empieza citando la carta de S. Pablo de la Cruz que habla de S. Vicente María Strambi. Este nació en Civitavecchia el 1° de enero de 1745. Ordenado sacerdote diocesano en 1767, entró en la Congregación de la Pasión en 1768. Fué profesor eximio de teología dogmática y pastoral y predicador muy buscado. Escribió y publicó la primera biografía de S. Pablo de la Cruz en 1786. Elegido Obispo de Macerata y Tolentino el 5 de julio de 1801, murió el 1° de enero de 1824. Fué canonizado en 1950.

Introducción

A.D. José Strambi, de Civitavecchia, que se dirigió a Pablo de la Cruz para reclamarle su propio hijo que había ingresado entre los Pasionistas, a pesar de la oposición del padre, responde el Santo que ni él ni ninguno de sus religiosos habían arrastrado al joven sacerdote hacia la Congregación, y que más bien habían tratado de disuadirle de dar ese paso, por razón de su salud débil; pero que ante una vocación que viene de Dios de modo tan manifiesto, habían tenido que ceder.

¿“Debería yo, le escribe, oponerme a la voluntad de Dios y echar sobre mí la gravísima responsabilidad de dar cuenta ante el tribunal divino del alma de D. Vicente? No he tenido ánimo para cometer ese gran pecado, ni siento ganas de cometerlo ahora, mandando a D. Vicente que vuelva a su casa. Las almas son de Dios y yo no quiero oponerme a su Sma. Voluntad. No he buscado nunca a su hijo; si voluntariamente quiere marchar, yo no lo retengo; pero no puedo en conciencia obligarle a que se vaya. Si Dios no lo llama, decidirá él mismo volver; pero si Dios lo llama, ¿quiénes somos nosotros para oponernos? D. Vicente, dice V.S., hacía un gran bien en el mundo. No quiero entrar a examinar si era mayor el bien que ahí hacía o el que hará en Religión. Le diré solamente que Dios no tiene necesidad de hombres y que el mayor bien que quiere de cada uno es el cumplimiento de su Sma. Voluntad; ésta busca D. Vicente y yo no se lo puedo impedir”⁽²⁾.

Porque traduce tan bien la estima singular que S. Pablo de la Cruz tenía hacia la voluntad divina, he considerado muy importante citar aquí la parte esencial de esta carta, tan luminosa, sear por el Santo que la escribió como por el Santo de que se trata, y la traigo como introducción a estas páginas en las que quiero demostrar el puesto que ocupa la voluntad de Dios en la espiritualidad de S. Pablo de la Cruz.

Si he escogido este tema es porque, sin duda, la doctrina de la voluntad de Dios aparece motivo saliente en el pensamiento de Pablo, como polo central sobre el que gira todo y esclarece y dirige todo.

No pretendo afirmar que sea ésa la nota más característica que lo distinga y lo separe de los demás autores espirituales de su tiempo. Diría, más bien, que precisamente por ella está entre sus contemporáneos y se aproxima a sus inmediatos predecesores. Por ella Pablo de la Cruz entra a formar parte de una corriente de espiritualidad muy fuerte, todavía poco estudiada, la *corriente del abandono*; por ella es un hombre de su tiempo.

Hay una segunda razón, determinante cuanto la primera, para intentar captar su importancia; o sea, ver cómo ella se adapta maravillosamente a lo que es el fundamento base y más original de su línea espiritual: la participación en la Pasión de N. Señor y la unión con Cristo paciente.

La doctrina del Santo no se nos presenta en tratados completos en que se expone cada parte con amplitud exhaustiva, siguiendo proporciones bien determinadas, sino en numerosas cartas, rápidas y familiares, dirigidas a corresponsales muy diversos. Hay entre ellas, sin duda, cartas de temas concernientes a la Congregación de los Pasionistas o a algún Retiro en particular; pero al menos la mitad son cartas espirituales.

El autor no aparece por nada un teórico. Casi nunca expone teorías. Procede sobre todo con alusiones y recuerdos de principios, con ocasión de una dirección; en consecuencia con fines del todo prácticos. Son como medicina ordenada en receta médica. Pero Pablo tiene una experiencia tan profunda, tan

amplia, que evidentemente lo hace aparecer como el más grande místico y el más grande maestro espiritual italiano del siglo XVIII. El Santo es tan claro, tiene tanta magnanimidad y caridad acogedora que, sin venir a menos a las exigencias de perfección hacia la que dirige con mano segura a cuantos se acercan a él, es guía sobre todo que anima y maestro que inspira grande aliento.

Siguiendo su vida, se habría de pensar que es arduo el camino que él recorre y en el que trata de introducir a los demás. Pero leyéndolo, desaparece casi del todo esa impresión, pues acierta y sabe decir la palabra que conforta y abre el alma a la confianza, la sentencia eroica que espolea y sostiene. Así, forma parte de la categoría de los grandes directores; posee tanta maña, prudencia, equilibrio y buen sentido, que jamás hace decaer los ánimos⁽³⁾, a pesar, por otra parte, de sus repetidas confesiones de incompetencia y la aparente turbación que demuestra ante algunas circunstancias muy complejas. Además de esto, él habla un lenguaje tan sencillo, tan directo, el lenguaje del pueblo sembrado de proverbios, que su pensamiento, a pesar de su elevación, resulta raramente oscuro, y se llega fácilmente a definir sus grandes líneas.

Lo que más impresiona en él es lo que llamaría yo el sentido de lo esencial, que nunca he encontrado a ese nivel en ningún otro autor espiritual. Este hombre, siempre enfermo y oprimido, obligado a vivir de prisa porque no tiene tiempo que perder, pone inmediatamente su dedo en lo que es fundamental. Se lo juzgaría a la búsqueda, sin tregua, de caminos cortos y esenciales, de medios eficaces⁽⁴⁾. Sin miedo de repetirse, tiene el arte de insistir sobre lo que es importante. Hay, en cuanto me resulta, un rasgo notable de su carácter que se ha de resaltar. Pero para que la constatación que yo hago no quede en una impresión personal vaga y subjetiva, me apelaré a los textos.

Hay que relevar absolutamente la insistencia que pone sobre la voluntad de Dios. Se podría decir de él lo que se ha afirmado de S. Ignacio de Loyola: que fué "un hombre de la voluntad de Dios". El Fundador de los Pasionistas tiene, al menos, tanto como el de los Jesuitas "la fijación de la voluntad de Dios". Y aunque no pueda considerarse del todo bajo el mismo aspecto, sin embargo constituye eso una parte no menos importante de su vida espiritual.

Muchas veces S. Ignacio, al final de sus cartas, pide a sus corresponsales que le obtengan la gracia de conocer mejor la voluntad de Dios para poderla realizar más perfectamente. El grande Santo lombardo implora más habitualmente oraciones para que se cumpla la voluntad de Dios en él mismo y en los demás. Y mientras el de Loyola, a ejemplo del Apóstol, decía como oración jaculatoria suya "Señor, ¿qué quieres que yo haga?", Pablo de la Cruz repetía más a gusto las mismas palabras de nuestro Señor: "Hágase tu voluntad".

En otros términos, la espiritualidad de S. Pablo de la Cruz está más orientada hacia la *voluntad de beneplácito* que hacia la *voluntad de signo* (a). Como S. Alfonso de Ligorio, su contemporáneo, usa él de buena gana los términos "uniformidad" y "uniformarse". Pero estas expresiones que en S. Alfonso tienen el sentido de "conformidad activa" a la voluntad de Dios, en Pablo de la Cruz significan preferentemente la "conformidad pasiva".

Una razón válida en esto puede ser el hecho de que él dirigió sobre todo almas contemplativas, semejantes a la suya, y que su atractivo personal, como el de las almas que dirigía, le impulsarían en aquella dirección, sin que, por otra parte, haya él olvidado nunca la "conformidad activa", cuando resultaba necesaria.

1. — Perfección de la caridad y voluntad de Dios

Se imponen dos constataciones:

1) La múltiples definiciones o descripciones ocasionales de la perfección dadas por S. Pablo de la Cruz se pueden reducir, en breve, a dos tipos: Uno, que la identifica con la total conformidad a la voluntad de Dios, y el otro que la hace consistir en la adquisición de las virtudes. La más ordinaria, la sola importante que, en definitiva, se ha de retener como la que manifiesta mejor el pensamiento del Santo es, sin duda, la primera. La otra es secundaria y accidental y no parece otra cosa que una aclaración o desarrollo de la primera. Afirmo esto por dos motivos que me resultan determinantes.

1° — Entre las virtudes que forman parte del edificio espiritual de la perfección y que son como sus "piedras fundamentales", se encuentra siempre, de una u otra forma, la unión con la voluntad de Dios.

2° — De cualquier modo que se llame esa unión, esa total conformidad con la voluntad de Dios, es para S. Pablo de la Cruz la primera de las virtudes, la virtud esencial, la que "más agrada a Dios", el punto más importante de la vida espiritual.

2) Cuando Pablo define o alude de diversos modos a la conformidad con la voluntad de Dios y la presenta claramente como la sola idéntica a la perfección, atribuye, sin duda, su parte a la voluntad activa de conformación; pero insiste más y se apoya mayormente sobre la conformidad pasiva y sobre sus actitudes fundamentales, tanto que el término más apropiado y más exacto para caracterizar el modo como él mismo va a Dios y así lo recomienda es "la vía del abandono".

En una carta a Tomás Fossi, que ingresó en la Congregación, S. Pablo de la Cruz el 8 de octubre de 1772 dice sin otro comentario: "La perfección consiste en la adquisición de las virtudes verdaderas"⁽⁵⁾. Pero las líneas que siguen indican claramente que él considera la voluntad de Dios como la parte esencial. "La oración no consiste en tener consolaciones, lágrimas, etc.; ni se da a los hombres fuertes comida de niños; después del otoño viene el crudo invierno. Es bien claro que el recibir lo que Dios manda y dejarse gobernar totalmente por su Infinita Bondad (pero haciendo de nuestra parte y siguiendo en todo su Divina Voluntad), es lo mejor".

Treinta y tres años antes, el 11 de junio de 1739, había escrito a Victoria Fossi, esposa del mismo Tomás: "El que es el más humilde, más paciente, más obediente y caritativo y más resignado a la Divina Voluntad, es el más perfecto"⁽⁶⁾. No hay duda que "entre las piedras fundamentales"⁽⁷⁾ de la perfección no se equivoca en poner la conformidad con la voluntad de Dios. El 19 de marzo de 1734 dirigía a Laura Giannotti estas líneas: "Ejercitese en las santas virtudes: la humildad, la obediencia, la mortificación interna y externa son las piedras fundamentales. Ame el desprecio de sí misma. Sobre todo consiga habituarse grandemente a la resignación a la Divina Voluntad"⁽⁸⁾. Es evidente el puesto esencial que asigna al abandono.

Con relativa frecuencia e desprecio de sí mismo entra en la definición de la perfección, juntamente con el cumplimiento de la divina voluntad. "La verdadera perfección consiste en esto, en hacer la Santísima Voluntad de Dios y en el desprecio de sí mismo"⁽⁹⁾. Cuando expondrá lo que para él mismo es más importante en la vida espiritual, dirá: "Aquí está el punto principal de la vida devota: desprecio de nosotros mismos y unión perfecta con la Divina

Voluntad, que S.D.M. conceda a todos''⁽¹⁰⁾.

A Inés Grazi escribió que implorase de S. Francisco de Paula para ella misma y para él "que estemos verdaderamente anonadados delante de Dios con el auténtico desprecio de nosotros y la total unión y transformación en el Beneplácito Divino''⁽¹¹⁾.

Cualquiera que sea el valor que da el Santo al desprecio de sí mismo, prefiero creer que, según su pensar, no tienen la misma importancia los dos elementos de esa definición. Nos lo dice él mismo al mencionar con mucha más frecuencia uno solo, el que para él es esencial: "Nuestra santificación y perfección consiste en cumplir perfectamente la Voluntad de Dios''⁽¹²⁾.

S. Pablo de la Cruz, en una carta a Sor Querubina Bresciani, Clarisa de Piombino, establece tres grados de perfección que corresponden a las tres actitudes fundamentales de la conformidad pasiva: "El verdadero Amor de Dios se ejercita sobre la Cruz del Amado Bien Jesucristo; y el verdadero modo de enriquecerse de gracias, en medio de las penas internas y externas, está en alimentarse de la Divina Voluntad. Este es un punto importante, es una perfección grande resignarse en todo al divino querer; mayor perfección es vivir abandonada al Divino Beneplácito con grande desapego; es altísima perfección alimentarse de la Divina Voluntad en puro espíritu de fe y de amor''⁽¹³⁾.

El lector podrá ver, al simple examen de estas líneas, que para nuestro Santo en modo constante el abandono es más elevado que la resignación, y que la unión, con la divina voluntad, para el que se alimenta habitualmente de ella, implica ya el abandono. En algunos textos se ve, sin duda, esa clara separación. Sostiene, p.e., que "la santidad consiste en estar totalmente unidos a la voluntad de Dios''⁽¹⁴⁾; que la perfecta y total unión a la voluntad divina es la perfección más elevada. "El que está más unido y transformado en el Divino Beneplácito es... el más santo''⁽¹⁵⁾, y también afirma que el abandono contiene en sí la perfecta resignación.

Pero más habitualmente habla como si no hubiera fronteras precisas entre esas tres nociones de la resignación, el abandono y la unión a la divina voluntad. Las une siempre, las funde y hace deslizar la una sobre la otra. Aunque no sean propiamente sinónimas las tres expresiones, parecen, al menos, equivalentes e indican esfumaturas casi imperceptibles; mejor se podrían decir tres aspectos o tres direcciones diversas de una misma virtud. Y como Pablo toma a cada una en su sentido más amplio, o si se quiere, en su perfección total; resignación en todo, abandono en todo, unión en todo a la voluntad de Dios, así las usa con mucha frecuencia indistintamente.

No concibe la resignación si no está animada por la caridad perfecta y afirma de modo absoluto: "La verdadera resignación incluye la perfecta caridad''⁽¹⁶⁾. Tampoco extraña que llame a "la verdadera resignación a la voluntad de Dios el tesoro de los tesoros''⁽¹⁷⁾. Sabemos que dice lo mismo de la caridad: "Gozo en Jesucristo al oír que usted vive siempre deseosa de amar al dulce Jesús, y su anhelo será cumplido porque el Señor le concederá el gran don de su santo amor que es el tesoro de los tesoros''⁽¹⁸⁾.

Con la lógica de los santos, se establece desde el primer momento en la perfección y no desciende de ella. Y se ve que dirige hacia lo más perfecto, en cuanto puede, a las almas más selectas que se ponen bajo su dirección. Pensaría hacerles un agravio si les hablara de una resignación que se para a mitad del camino y que no acepta la voluntad de Dios sino por sumisión o por un motivo

que no fuera el más perfecto al no poder llegar a otras metas.

Es claro que él no respeta la división entre los tres grados de perfección, cuando dice que la resignación a la divina voluntad es "la virtud que más agrada a Dios''⁽¹⁹⁾; que "quien vive más resignado es más santo''⁽²⁰⁾. No hay aquí diferencia apreciable entre resignación y abandono y unión; entre resignarse, abandonarse o unirse. De otra parte S. Pablo de la Cruz dirá también: "Usted agrada más a Dios, cuanto más viva resignado a su divina Voluntad''^(20 bis). Pienso que en textos como éste, el contenido de "resignación", "resignarse" estaría mejor expresado con la palabra "abandono" "abandonarse".

Hay, sin duda, identidad entre abandono y unión cuando nos repite que "el mejor camino es vivir abandonado a la Divina Voluntad''⁽²¹⁾. Esto parece decir que el abandono es la vía mejor al menos en aquellos puntos que Tomás Fossi subraya en su carta a la que el Santo responde.

Pero en otra carta, dirigida a Ciarelli el 3 de septiembre de 1748 habla de modo absoluto de ese abandono como el mejor camino en sí mismo: "V.S. Muy Reverenda hace muy bien en abandonarse a la Sma. Voluntad de Dios, que es la cosa más perfecta que pueda hacerse''⁽²²⁾.

La insistencia sobre la conformidad pasiva es tan evidente, que basta apuntarla. Por ahora no me paro en ella, porque todo el discurrir de este estudio no séra sino un constante resaltarla y subrayarla. Por el momento me contento con algunas observaciones.

Aunque impresiona mucho el número de las alusiones a la conformidad pasiva que hace el Santo en todos los pasajes que directa o indirectamente tratan de la perfección, aun es más significativo el modo con que eleva a grados de perfección las tres principales actitudes de esa conformidad pasiva.

Sin género de duda, S. Pablo de la Cruz hace consistir la perfección en el cumplimiento de la divina voluntad, y muy frecuentemente exprime su deseo de hacer él mismo la voluntad de Dios''⁽²³⁾. Pero cumplir la voluntad de Dios es una expresión bivalente, que puede expresar bien, en efecto, tanto la conformidad activa como la pasiva. Bastaría un ejemplo para demostrar fácilmente que es fundada esta aserción.

En una carta del 9 de agosto del 1757 a una religiosa, se lee: "Desde hace muchos años pido al Señor en mis pobres y frías oraciones que me conceda cumplir con perfección su santísima voluntad, de la que quisiera alimentarme siempre y en todas las circunstancias''⁽²⁴⁾.

Hacer la voluntad de Dios en todos los acontecimientos y nutrirse de ella, significa aceptarla y abandonarse al querer divino. Las palabras del Señor: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado" se interpretan siempre en el sentido de conformidad pasiva''⁽²⁵⁾.

El abandono es, al mismo tiempo, *perfección, medio de perfección y camino breve hacia la perfección*''⁽²⁶⁾. "Haced frecuentes caricias a la Voluntad de Dios en toda suerte de angustias. Esta es una gran receta para llegar pronto a la perfección''⁽²⁷⁾.

Alguna vez acentúa la aceptación de la prueba: "... Las desgracias del mundo, cuando se aceptan como pasadas por la mano amorosa de Dios y con resignación a su Sma. Voluntad, sirven para hacernos correr más por el camino de los preceptos divinos''⁽²⁸⁾. O también considera el abandono unido a las virtudes y a las disposiciones que necesariamente las acompañan: "... Cuando será como una niña sencilla que reposa sobre el pecho amoroso de Jesucristo, haciendo morir ahí místicamente todos sus afanes, deseos e incli-

naciones, aunque sean buenos, manteniéndose en verdadera soledad interior con humildad sincera de corazón y abandono perfecto al divino querer, entonces llegará más rápida a la santidad”⁽²⁹⁾.

En su afán de hacer avanzar a Inés Grazi “en el santo amor”, le recomienda abandonarse “cada vez más en el regazo divino del Beneplácito Smo.”, convencido de que el progreso en el abandono es la medida del progreso en el amor⁽³⁰⁾. Es frecuente esta recomendación de abandonarse progresivamente cada día⁽³¹⁾.

Tomás Fossi recibirá estas enseñanzas: “... Cuanto más se elimente de esta dulce Voluntad de Dios, aceptando toda aflicción sin mirar a las criaturas y sólo come regalo del Creador, tanto mayor será el impulso y volará a la santa perfección por senda corta”⁽³²⁾.

A Inés Grazi recuerda que “según el estado presente de su conducta espiritual, usted debe perder de vista cada vez más a las criaturas y todas sus imágenes, y debe profundizar progresivamente en el conocimiento de su verdadera horrible nada. Realizado todo este despego, procure sin descanso mirar a sí misma y a todo lo creado y poner luego esa su nada en el todo que es Dios, para allí perderse y abismarse de manera que, olvidada de sí misma y de todas las criaturas, no tenga otro pensamiento que el de ese Dios de infinita perfección”. Pablo concluye su exhortación: “El camino más corto para llegar a la verdadera unión con Dios es el que le apunto arriba y tantas veces le he repetido por escrito y de viva voz. Quien estudia la ciencia de su nada, aprende a conocer el verdadero todo que es Dios”⁽³³⁾.

Se podría pensar que estamos lejos de nuestro tema, de la voluntad de Dios. Todo lo contrario. En la misma carta el Santo añade seguidamente: “Este anonadamiento produce un continuo abandonarse y una total entrega al divino Beneplácito, dejando a Dios el cuidado hasta de la propia perfección, y viviendo de hecho en desnudez de toda consolación...”⁽³⁴⁾.

Lo expuesto sobre el pensamiento de S. Pablo de la Cruz en relación a la perfección da tal resalte a la conformidad pasiva, que induce a mirar su espiritualidad como un camino del abandono. Un estudio más profundo nos confirmará en esta opinión.

2. — La vida de abandono en la voluntad de Dios.

En las cartas del Santo se encuentra y resalta inmediatamente lo que es la característica esencial de la vida de abandono, como la describe en P. Piny en el II Capítulo de su obra “El Más Perfecto”, publicada en 1698. La resume ahí de este modo: “Dejar hacer a Dios, aceptando todo lo que El hace”. Y así muestra bien los dos aspectos fundamentales:

1) La total aceptación de la voluntad de Dios

Es ésta para Pablo de la Cruz una necesidad basililar. La practica personalmente y la pone en evidencia con extraordinario resalte: “Es así también que yo me veo como un reo arrojado de una cárcel llena de serpiente a otra repleta de dragones y basiliscos; ha de callar y aprobar como óptimo lo que S.D.M. dispone de mí”⁽³⁵⁾. No se para a discutir esta voluntad de Dios que se le impone como lo mejor⁽³⁶⁾. Todo lo que Dios hace está bien hecho. Ante cualquier acontecimiento que suceda no se debe augurar que las cosas sean di-

versas de como son. Los lamentos, está muy claro, van contra la voluntad de Dios.

Así también recomienda el aceptar todo, y de modo particular las pruebas, como venido directamente de Dios y no de las criaturas⁽³⁷⁾, de ver todas las cosas con mirada de fe⁽³⁸⁾; descubrirlas en Dios o en el divino beneplácito⁽³⁹⁾. Recibirlo todo de las manos amorosas de Señor, ver todo en el beneplácito de Dios, es el modo de encontrar consolación en todo, “porque en Dios no hay pena, sino aliento, gozo y alegría”⁽⁴⁰⁾.

Aceptación sumisa: Es necesario bajar la cabeza ante la divina voluntad, que es la regla de toda nuestra perfección⁽⁴¹⁾, y adorar las divinas disposiciones⁽⁴²⁾. Aceptación tranquila y pacífica⁽⁴³⁾. Aceptación amorosa, besando la mano del que nos hiera⁽⁴⁴⁾. Aceptación total⁽⁴⁵⁾.

2) Dejar hacer a Dios lo que hace

Hay aún otro aspecto en la vida de abandono. S. Pablo de la Cruz recuerda que debemos confiar enteramente en Dios⁽⁴⁶⁾; entregarnos a El en todo, según su expresión más habitual; dejar a El el cuidado de todo⁽⁴⁷⁾; reposar en El⁽⁴⁸⁾; darle todos nuestros pensamientos y deseos aun los de perfección⁽⁴⁹⁾; poner en Dios toda preocupación⁽⁵⁰⁾, no buscando otra cosa sino servirlo y “vivir abandonada al beneplácito” divino⁽⁵¹⁾. Estar contentos de que en todos nuestros planes, sean buenos, o resulten fallidos⁽⁵²⁾, se cumpla la voluntad de Dios. Dejarse guiar por El, por su divina Providencia⁽⁵³⁾ como niños: Que obre El según le plazca, dejándose tratar por El “con grande afabilidad, adorando el divino Beneplácito en toda circunstancia”⁽⁵⁴⁾.

A ciertas almas inquietas, demasiado propensas a agitarse, a analizarse y cerrarse en sí mismas, como aquel admirable Tomás Fossi, grande terrateniente de la isla de Elba y padre de familia, que terminará siendo Pasionista, recomienda no filosofar “tanto sobre sí mismo”, y que “camine sin complicaciones” con la sencillez de un niño⁽⁵⁶⁾.

En algunos puntos subraya de modo claro la tranquilidad del alma que ha dejado en Dios todos sus problemas, y habla de “reposar en el seno amoroso del Padre celestial”, “descansar en la divina voluntad”⁽⁵⁷⁾. De por sí, la expresión “dejar hacer a Dios” resalta la pasividad del abandono. Esa pasividad puede ser más o menos grande. Cuando el Santo se dirige a almas contemplativas, como es frecuente, el matiz místico del abandono es muy pronunciado. Al decir al P. Juan María “dejémonos, de modo pasivo, manejar por Dios, ha de entenderse con el consentimiento de la voluntad que elige a Dios”⁽⁵⁸⁾, y se ve enseguida a dónde puede llevar. Quedamos peculiarmente bien informados sobre la importancia que el Santo da a la oración contemplativa. Nadie mejor que él, sin duda, para demostrarnos a qué nivel de contemplación eleva a las personas la corriente del abandono.

3) El abandono a la voluntad de Dios en la oración.⁽⁵⁹⁻⁶⁰⁾

S. Pablo de la Cruz dirigió a más de un alma llamada a la contemplación, como p.e. Inés Grazi. Tenemos una carta de Pablo de la que se desprende que la Grazi ya no está en grado de hacer meditación, ni de “imaginarse la composición de lugar”. Por eso el Santo le da para la oración una norma muy clara que consiste, de hecho, en abandonarse a la acción de Dios⁽⁶¹⁾. Le apunta aquí el abandono como la mejor preparación para la contemplación, la disposición esencial para encaminarse a ella.

El Santo lleva también la dirección de almas que han llegado ya a la contemplación, Sor Columba Gandolfi, entre otras. Los consejos que le da para la oración no difieren de los que repite con insistencia a Inés Grazi⁽⁶²⁾. El abandono en la oración es la disposición normal del alma contemplativa. Y porque en la contemplación el alma vive pasiva bajo la acción de Dios solo⁽⁶³⁾, no tiene otra cosa que hacer que dejar que el Señor conduzca adelante en ella su labor divina, “abandonada con altísima resignación en el seno del Padre celeste, dejándole completar su obra”⁽⁶⁴⁾.

Esta dirección específica para las almas contemplativas está tan plenamente acorde con la doctrina general sobre la voluntad de Dios, que parece un consejo de abandono y de unión perfecta con esa voluntad divina: “Camine con sencillez de niña; de su parte usted debe estar inmersa en su propia nada, en verdadera desnudez de espíritu, y alzarse sólo cuando y cuanto Dios lo quiera. En esa nuestra nada se debe estar atento a los toques del amor de Dios y, cuando el alma se siente atraída, debe correr tras los perfumes divinos, para volver, en cuanto pueda, a sepultarse en su auténtica nada con sincero despojo de sí mismo. Ya entenderá lo que le digo, y para explicarme mejor añado que ha de alejar de su espíritu, con la gracia de Dios, todos los objetos creados y tener una voluntad muerta en los brazos amorosos de Dios, para que viva solamente en nosotros la Sma. Voluntad del Sumo Bien”⁽⁶⁵⁾.

Queda así resumida la única dirección que S. Pablo de la Cruz ofrece a estas dos categorías de personas: a las que entran en el camino de la contemplación y a las que avanzan ya por el mismo. Pero es grande la variedad de expresiones que usa, y por eso puede ser útil presentar las más características. Todo va iluminado por el principio de que el alma contemplativa debe dejarse “guiar por el Espíritu Santo”⁽⁶⁶⁾, y como Pablo repite muchas veces a la Grazi, “es necesario hacer oración no a modo nuestro, sino a la manera de Dios”⁽⁶⁷⁾. Se requiere, por lo tanto, “ser obedientísima a las mociones amorosas del Espíritu Santo”⁽⁶⁸⁾, “a las divinas inspiraciones”⁽⁶⁹⁾, y dejarse conducir por el “aura del Espíritu Santo” todas las veces que se deja sentir⁽⁷⁰⁾.

Dios es el maestro; es por eso necesario no oponer resistencia a su acción y, sin rendirse al espíritu de curiosidad, dejarle “hacer sus juegos de caridad, viviendo abandonada en el divino beneplácito”⁽⁷¹⁾. Y porque Dios “es el centro de la verdadera y santa oración”⁽⁷²⁾, es preciso que la persona “se deje perder y abismar en la inmensa Divinidad”, se lance “toda en el abismo de la infinita caridad de Dios”⁽⁷³⁾, se anegue “en la Infinita Divinidad”⁽⁷⁴⁾, “abandonada con altísima donación en el seno del Padre celestial”⁽⁷⁵⁾. Esta última expresión es la más frecuente; pero tiene también sus variantes, como “deje perder su horrible nada en el gozo del Señor, aunque sin pararse en el mismo gozo, para buscar puramente el objeto divino que se lo da para amarlo más”⁽⁷⁶⁾.

Todas estas expresiones, que ciertamente no he tratado de agotarlas, dejan bien clara la parte de Dios en la oración contemplativa⁽⁷⁷⁾ y, por consecuencia, la indispensable ductilidad que ha de tener el alma bajo la acción divina. Pero para dar a las palabras del Santo el propio y exacto significado y para impedir equívocos, es necesario leerlas en su propio contexto, apoyadas por otros consejos que las acompañan y que permiten comprender a primera vista su alcance.

S. Pablo de la Cruz entiende muy bien que si Dios colma su parte, el hombre debe también llenar la suya. En la misma carta en que declara a Sor Gandolfi que su oración es pasiva le pide que también ella ponga su contribución⁽⁷⁸⁾. Y

la labor de la persona es evitar obstáculos que pueden contrarrestar la acción divina; ejercitar las virtudes de la fe y sobre todo de la caridad; tener desprendimiento de todo lo creado y aquella humildad radical que consiste en perderse “en la propia nada, desnuda y pobre, sin robar nada a Dios”⁽⁷⁹⁾. La perfección de la oración se cifra en esta disposición fundamental.

He aquí cómo describe el Santo esta parte del hombre, hablando a un Maestro de novicios sobre la oración infusa y el modo de comportarse para preparar las almas a la misma: “Siendo esa oración un don gratuito de Dios, no se debe pretender ponerse en ella a fuerza de brazos, como suele decirse, sino que toda la labor del Maestro se ha de centrar en formar /a los dirigidos/ en un hábito arraigado de virtud y de verdadera humildad de corazón, de conocimiento de la propia nada y desprecio de sí mismos; de auténtica obediencia, y que consigan grande amor a esta virtud, y sobre todo de verdadera y perfecta abnegación de la propia voluntad en todo, la mortificación interna y externa de las propias pasiones, inclinaciones, opiniones, simpatías y antipatías, etc. Estas son las virtudes fundamentales para el edificio espiritual y para obtener el don de la santa oración y unión con Dios; de otra forma, se edifica sobre arena”⁽⁸⁰⁾.

El punto sobre el que insite mayormente es la humildad y la necesidad de mantenerse en su propia nada⁽⁸¹⁾. Se puede decir que cada vez que aconseja a una persona darse a la oración, le sugiere al mismo tiempo, como contrapartida, anonadarse profundamente. A veces añade además, y este es un rasgo característico de su doctrina mística, que la persona se presente a la oración revestida de los sufrimientos de Cristo, y nos enseña así que a la oración se entra por la puerta de la Pasión del Señor.

Es suficiente leer las cartas escritas a Sor Gandolfi para encontrar la frecuencia con que insiste en estos tres consejos. Citemos, al menos, un ejemplo. “Continué, por tanto, usted su oración en la forma con que la guía el Señor, y sea obedientísima a las mociones amorosas del Espíritu Santo; no pierda de vista su horrible nada, para no robar nada al Dios bendito. Se presente a la oración abismada en su nada, pero revestida de Jesucristo y de sus penas, en pura fe y desnudez de espíritu, despojada de imágenes, y deje que su alma se remonte en un vuelo de amor a que la invitará el Esposo Celestial”⁽⁸²⁾.

S. Pablo de la Cruz quiere que en la vida contemplativa el hombre tome su parte, y es esa la razón por la que pone un contrapeso a cuanto la pasividad pudiera tener de exceso, y las mismas precauciones se preocupa de adoptar en la práctica general de abandono. Demuestra aquí, como en todas partes el perfecto equilibrio de su juicio. A quien le lea con atención, ni siquiera le nacerá la duda de que él dé demasiada importancia a la pasividad.

El P. Piny deja claro que la vida del abandono “no es tan pasiva con respecto a Dios, al aceptar cuanto El hace, hasta no deberse considerar, con respecto a nosotros, demasiado activa. Requiere que cada uno de nosotros haga, tanto interior como exteriormente, todo cuanto exige nuestro deber ordinario. La voluntad de Dios, en efecto, tiene con respecto a nosotros el papel de causa primera y esta causa no excluye, antes bien requiere nuestra colaboración como causa segunda, y por lo tanto nuestra dedicación a todo lo que es el deber de cada uno. Pero nos ha de conducir a esta entrega sin prisas, sin ansiedad de espíritu, sin inquietud ni angustia”⁽⁸³⁾.

S. Pablo de la Cruz, tan enemigo de los excesos y tan equilibrado, no ha omitido jamás de recomendar a quienes dirige todo lo que requiere la

conformidad activa a la voluntad de Dios. Si se recorre su correspondencia con Tomás Fossi, nos podemos admirar de la frecuencia con que le recuerda los deberes de su estado, de los que en algunos períodos le escribe en casi todas las cartas. Nadie como él pone en evidencia la necesidad de la lucha espiritual y del ejercicio de las virtudes sólidas⁽⁸⁴⁾.

4) La unión con Dios, meta del abandono

El fin claramente buscado de cuantos emprenden el camino del abandono es el unirse con Dios lo más perfecta, íntima e inseparablemente posible. La conformidad o uniformidad con la voluntad de Dios hará llegar a la persona, según el P. Piny, hasta verse "transformada, como dicen los místicos, en la voluntad de Dios y a no poseer otro querer sino el querer divino"⁽⁸⁵⁾.

He aquí lo que S. Pablo de la Cruz escribe al Sr. Fossi: "Toda su oración, todos sus ejercicios han de estar estrechamente unidos a la Divina Voluntad". Y después de haberle recordado de ver todos los sufrimientos en la voluntad de Dios y de recibir todo directamente de su mano, añade: "... acaricie con santos afectos la Sma. Voluntad del Señor y espóselo con el anillo de la fe y de la caridad... Este es el más noble, fructuoso y santo ejercicio que pueda hacer un alma"⁽⁸⁶⁾.

Pero el ser humano ha de llevar esa unión hasta vivir todo unido y transformado "por amor en la siempre adorable voluntad del Padre Celeste"⁽⁸⁷⁾. A Sor Gandolfi, a la que conforta en sus pruebas interiores, escribe: "Gozo en Dios de que la soberana e infinita Bondad le haya llevado al estado en que se encuentra, a ese desnudo padecer, a esa dicha despojada de contento y a ese amor desnudo de consuelo, para que su alma, desprendida en efecto de toda consolación, ponga su único afán en unirse al beneplácito del Padre Celestial, que es el gozo de nuestras alegrías". Y concluye: "Animo, está bien así, toda escondida en Jesucristo sin desear otra cosa que verse transformada por amor en su Divino Beneplácito en todo, en todo"⁽⁸⁸⁾.

Acaso nunca S. Pablo de la Cruz ha expresado mejor su pensamiento íntimo sobre la unión a la voluntad de Dios como con estas palabras: "Yo no quiero resistir a la Sma. Voluntad del Altísimo, y le puedo decir que no tengo otra hambre, ni puedo desear otra cosa, ni puedo pedir para mí otra gracia sino la de hacer, la de estar todo unido y transformado por amor en la siempre adorable Voluntad del Padre Celeste, y anhelo que mi alimento sea el hacer siempre su Sma. Voluntad en medio de cualquier pena y trabajo etc."⁽⁸⁹⁾.

No pensar por nada en el futuro. El abandono comporta la ausencia de preocupación por el futuro. S. Pablo de la Cruz lo repite como todos los que propugnan el camino del abandono. "No pensar en el porvenir, o sea, en las desdichas, penas u otros acontecimientos que la fantasía nos pone por delante, sino hacerlos morir en la Voluntad de Dios... sin pensar con ansia en el mañana"⁽⁹⁰⁾. Ya había dicho al P. Fulgencio de Jesús el 23 de junio de 1746: "No esté pensando en el porvenir, sino que ha de servir a Dios a lo grande"⁽⁹¹⁾. Así, tampoco quiere que se indague el futuro. "El pretender conocer en la oración las cosas futuras, y principalmente las de poca monta, es exponerse a un peligro evidentísimo de ser engañados por el diablo"⁽⁹²⁾.

Pero quiere que se aproveche al máximo el *momento presente*. Uno de sus pensamientos favoritos es el de creer necesario que se debe mirar cada día, más aun, cada instante, como si fuera el último "para que ese pensamiento

sirva de estímulo a correr hacia la santa perfección⁽⁹³⁾. Realizar cada acción como si fuera la última⁽⁹⁴⁾; celebrar la Misa como si fuera la postrera⁽⁹⁵⁾. Hace falta vivir el momento presente, amar a Dios en ese instante como si fuese el último de nuestra vida⁽⁹⁶⁾. Cumplir la voluntad de Dios en el momento presente⁽⁹⁷⁾. "Oh, afortunada el alma que reposa en el regazo de Dios /Cfr. Jo. 1,18 en el seno del Padre/, sin pensar en el futuro, procurando solo vivir cada instante en Dios, sin otro afán que el de hacer su Sma. Voluntad en toda circunstancia, cumpliendo fielmente las obligaciones del propio estado"⁽⁹⁸⁾.

3. Los frutos del abandono a la voluntad de Dios⁽⁹⁹⁾

1) El abandono es la vía más corta para conseguir la perfección

Si hubiéramos preguntado a S. Pablo de la Cruz por qué prefirió el abandono, yo pienso que, con la brevedad del lenguaje que le es propia, nos habría respondido que el abandono facilita muchísimo la vida espiritual porque es, como sabemos, *el camino más perfecto, el más rápido y el mejor*.

Si aun lo instáramos a que nos diera una ulterior precisación a su respuesta, habría añadido, sin duda, que el abandono es el medio mejor para introducirnos y conservarnos en la paz, que es la vía más sencilla y segura de todas las que conducen a Dios. Pues esta es la respuesta que nos da a través de sus cartas. Precisar estos tres puntos de su pensamiento, nos ha de permitir ahondar en su doctrina y darnos cuenta mejor del puesto que en ella ocupa el abandono.

En una carta del 18 de junio de 1766 a Fossi, S. Pablo define el abandono como "la vía más corta para la santa perfección" "Tengo la suerte de decirle e insistirle que el camino más corto para conseguir la verdadera paz que nace del amor de Dios y de la que brotan como de manantial perenne todas las virtudes, consiste en aceptarlo todo, trabajo y penas temporales o espirituales, enfermedades e infortunios cualesquiera que sean, aceptarlos -digo- directamente de la mano amorosa de Dios, viendo y recibiendo cualquier acontecimiento adverso como don y tesoro que nos regala el Padre Celestial; repitiendo con frecuencia las palabras de Jesús: 'Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito /Mat. 11,26/'. Y de esta forma hacer siempre fiesta y alegrarnos de que se cumpla en nosotros su Sma. Eterna Voluntad. Resumiendo: le he dicho que es la vía corta para la santa perfección"⁽¹⁰⁰⁾.

Camino corto para la perfección, el abandono es, al mismo tiempo, camino breve hacia la paz. Para S. Pablo de la Cruz la paz es cosa importantísima que es preciso conservar a cualquier precio⁽¹⁰¹⁾, no dejándose en modo alguno turbar por nada⁽¹⁰²⁾. De todos los bienes del alma éste es el más precioso y el primero que trata de arrebatarlos el demonio, porque él "pesca en agua turbia"⁽¹⁰³⁾.

No hay que admitir ninguna preocupación que pueda robarnos la paz. "No se deje sorprender por temores y angustias, para que no le turben la paz del corazón"⁽¹⁰⁴⁾. Conservar en paz el propio corazón "es cosa sumamente necesaria"⁽¹⁰⁵⁾. Y dice también: "Si el mundo se descompusiera, mantenga aun en paz su corazón"⁽¹⁰⁶⁾. "La paz es muy necesaria para hacer todo bien y para mantenerse con fe viva en el regazo de Dios /Cfr. Jo. 1,18/, en el seno del Padre"⁽¹⁰⁷⁾. Ella, en efecto, da al alma mayores posibilidades "de ejercitar

las santas virtudes, sobre todo la paciencia, la mansedumbre, la caridad, la humildad de corazón y el silencio⁽¹⁰⁸⁾. Además la paz es “medio eficaz para mantenerse en el reino interior” y, asegurado el recogimiento, construye “el gozo inmenso que nos hace hijos de Dios⁽¹⁰⁹⁾. Ahora bien, la paz es el fruto del abandono a la voluntad de Dios⁽¹¹⁰⁾.”

En estas últimas líneas se evidencia todo el problema del recogimiento interior. Atribuyendo a la paz el poder de hacernos cada vez mejores hijos de Dios, nuestro Santo no hace otra cosa que reconocer cuál es para él el privilegio del recogimiento. La razón está en el hecho de que, si bien la paz y el recogimiento no se identifican, de hecho son, al menos, inseparables. Si hay recogimiento, hay paz. Y la paz, si ha de mantenerse, ha de llevar consigo necesariamente el recogimiento. No le es solo una condición indispensable, sino que constituye su premisa necesaria.

Citamos el principio de una carta a la Palozzi: “Gozo en el Señor de que siga en el recogimiento y en la paz interior⁽¹¹¹⁾”. “El recogimiento verdadero, se ha dicho en otra parte, es tranquilo, pacífico, sin estrépito ni esfuerzo alguno⁽¹¹²⁾”. “Continúe manteniéndose recogido en Dios en tranquilidad de espíritu, sin dejarse jamás turbar por cosa alguna⁽¹¹³⁾”. Parece que Pablo no hace diferencia entre “conservar el corazón en paz; tener tranquilo el propio corazón; mantener el alma en recogimiento⁽¹¹⁴⁾”.

El quiere que nos empeñemos muchísimo en el recogimiento, y así lo hace entender en las frases con que generalmente lo define. Lo llama “la adoración en espíritu y en verdad⁽¹¹⁵⁾”. Es, en efecto, “el sagrado desierto”, “la soledad interior en la que Dios habla al alma palabras de vida eterna y la mantiene en perfecta tranquilidad⁽¹¹⁶⁾”. Es la oración, en todos sus grados, en la que no se entra sino por la puerta de la Pasión. Es causa perenne de progreso, porque renueva el alma y la hace renacer a una vida nueva: “Siempre que el alma se recoge toda en Dios, en el santuario interno del espíritu, renace a nueva vida de amor en el Divino Verbo Cristo Jesús⁽¹¹⁷⁾”.

Este renacer, profundización continua de la vida interior, viene confirmado en muchos pasos⁽¹¹⁸⁾. A cada repetición, el pensamiento se esclarece mayormente: “Cuántas más veces se abisme en Dios, en lo más profundo de la soledad interior, tanto más frecuentemente se celebrará en el templo interior el místico Nacimiento Divino, y usted renacerá, cada momento más, a una vida deiforme y santa /‘et fiet in te divina nativitas’/, se realizará en ti la divina natividad⁽¹¹⁹⁾”. Este es el modo con que Pablo enseña a participar en perfección en el misterio de Navidad⁽¹²⁰⁾.

Parece que S. Pablo de la Cruz haya atribuido al abandono los efectos más notables del recogimiento interior: “Oh, cuánto tenemos que bendecir y glorificar a la divina misericordia que no permite que sintamos ningún contento, sino que más bien mezcla el ajenjo en todo lo que podría alegrarnos y hacernos gozar! Esta es una de las gracias mayores que S.D.M. reparte a sus amigos predilectos. Alimentémonos, por lo tanto, de la divina voluntad y bauticémonos con frecuencia en ese baño todo de fuego y de santo amor. ‘Quotiescumque nos ipsos divino beneplacito resignamus, in Spiritu Sancto baptizamur filiique Dei efficimur’. Cada vez que nos resignamos al divino beneplácito, somos bautizados en el Espíritu Santo y nos convertimos en hijos de Dios⁽¹²¹⁾”.

Para abandonarse plenamente y desde el profundo del corazón, conviene tener el ánimo recogido y enderezado a Dios, “recostarse en el seno del Padre celestial⁽¹²²⁾”; “repose su espíritu en el regazo de Dios⁽¹²³⁾”; descansar entre

los brazos de Jesús, etc. Todas las expresiones de este mismo estilo se adaptan igualmente al recogimiento interior, a la oración, a la paz, al abandono. Estas cuatro actividades, tan íntimamente unidas entre sí, han de ser no solo engendradas en nosotros, sino también alimentadas y actualizadas de continuo. Somos los responsables de nuestra paz y, si no la poseemos, es culpa nuestra: “nosotros mismos somos los verdaderos agentes de nuestras inquietudes porque no recibimos con sumisión tranquila lo que acontece, como venido de la Providencia amorosa del Sumo Bien⁽¹²⁴⁾”.

El abandono es verdaderamente “el camino corto para conservar el corazón en paz⁽¹²⁵⁾” y “no hay otro”. Hace falta poner con frecuencia el “espíritu en tranquilidad...”, mantenerse en la santa indiferencia ante cualquier acontecimiento y hacer morir en el Beneplácito Divino las angustias y las ansias, gozando en Dios, con la parte superior del espíritu, de que las cosas vayan como van⁽¹²⁶⁾.

S. Pablo de la Cruz parece indicar otro camino corto hacia la paz: el desapego completo. “Hágase, por amor del dulce Jesús, mudo, sordo y ciego, y tendrá grande paz⁽¹²⁷⁾”. A una religiosa que se preocupa por cosas sin importancia escribe: “Si quiere usted tomar el camino corto para permanecer en una paz imperturbable, tendría que imitar a aquel santo monje que, habiendo recibido una gran cantidad de cartas de su patria y de su casa, las echó al fuego diciendo: Id a las llamas pensamientos de casa y distracciones! Haga usted así; recoja en un manojo todas sus reflexiones, temores y otras pequeñeces inútiles, y arrójelas al fuego de la Divina Caridad y siga manteniendo su soledad interior, reposando en paz su espíritu en el regazo del gran Padre del Cielo⁽¹²⁸⁾”. No hay duda que el desprendimiento completo es necesario para quien quiere abandonarse perfectamente al Beneplácito divino⁽¹²⁹⁾.

Para conservar la paz es necesario refugiarse en la voluntad de Dios, en el abandono. “En estos acontecimientos V.R. se esconda en la fortaleza inexpugnable de la divina voluntad, y esté seguro que ni los vientos, ni las tempestades le podrán jamás arrebatarse la paz y la tranquilidad del espíritu, tan necesaria para hacer todo bien y para mantenerse con viva fe en el regazo de Dios⁽¹³⁰⁾”.

Alguna vez se sirve de otra comparación. “Estoy pensando hacer como hace el viñador o el hortelano, quienes, cuando ven inminente el temporal y empieza a caer lluvia y granizo, rayos y truenos, huyen a la cabaña y se están allí sentados hasta que pase la tempestad. Así deseo hacer yo, y quiero realizarlo con la gracia divina: estarme quieto y tranquilo en la cabaña de la Divina Voluntad bajo la protección omnipotente del Altísimo, esperando en paz y tranquilidad seguras a que pase el temporal⁽¹³¹⁾”.

No es solo la paz, sino el gozo, efusión de la paz, lo que S. Pablo de la Cruz pide al alma abandonada en la voluntad divina: “No dé jamás entrada en su corazón a la aflicción, y mucho menos a la melancolía, que son la peste de la paz⁽¹³²⁾”.

Es preciso caminar en el servicio de Dios sin pusilanimidad, sin temor excesivo, “con grande alegría, con gran confianza en Dios, toda abandonada y reposada en el seno paterno⁽¹³³⁾”. La alegría del abandono, del todo desinteresada, lleva a gozarse en Dios de “que se haga su voluntad en cada cosa⁽¹³⁴⁾”.

La persona no busca su propia satisfacción “en total abandono al divino beneplácito, sin pensar ni en sufrir ni en gozar; su contento ha de ser contentar al Altísimo, alimentándose, cada vez más, de su santísima voluntad⁽¹³⁵⁾”;

cuando no se quiere otra cosa sino lo que desea Dios, ⁽¹³⁷⁾ siempre se tiene la razón de estar contentos de Dios”⁽¹³⁸⁾.

El abandono a la divina voluntad es el camino más sencillo

Porque es el remedio a todos los males, porque no hay dificultad que no pueda resolver y permite simplificar mucho la vida espiritual.

Es remedio a todos los males. No hay sufrimiento ni interior ni exterior que no endulce el “bálsamo de la Divina Voluntad”⁽¹³⁹⁾. Así, S. Pablo de la Cruz aconseja el abandono en las penas del cuerpo y del alma. Al P. Francisco de Jesús y María, que está enfermo, envía estos consejos: “Espero que el beneficio de los aires nativos de ayude; pero le será más provechosa la resignación al Divino Beneplácito”⁽¹⁴⁰⁾.

El principio es tan general y de realización tan práctica, que se repite en cada instante: el remedio mejor para todas las dificultades “se halla en adorar y amar la voluntad de Dios en los acontecimientos que van sucediendo”⁽¹⁴¹⁾. “El sendero cierto que se debe tomar” en las pruebas de cualquier género “es estar sumisa a la divina voluntad y dejarse flagelar de aquella mano amorosa que permite tales tribulaciones”⁽¹⁴²⁾. “La vía corta para hallar remedio en toda dificultad... es una resignación pacífica en la Divina Voluntad, viviendo totalmente reposada en los brazos del Señor”⁽¹⁴³⁾.

Para responder a las dificultades del Sr. Fossi, siempre inquieto y probado, el Santo le repite: “No sabría decirle otra cosa, sino que la resignación a la divina voluntad es un medio eficazísimo para todos los males, trabajos y acontecimientos adversos, que cuando se aceptan y se miran en el Divino Beneplácito, se convierten en paz y consolación. ‘Diligentibus Deum, omnia cooperantur in bonum’ (Rom. 8,28): para quienes aman a Dios todo se convierte en bien”⁽¹⁴⁴⁾. A D. Tucinardi declara que las noticias le parecen “siempre buenas, con tal de que se haga siempre la santísima y adorabilísima Voluntad de Dios”⁽¹⁴⁵⁾.

No causa maravilla que la paciencia, que para él se identifica con la resignación amorosa y con el abandono a la divina voluntad, le sea tan importante: “la santa paciencia encierra en sí la obra perfecta”⁽¹⁴⁶⁾. Esa ha de eliminar todo lamento, ha de ser silenciosa y pacífica. “Estas dos palabras tan preciosas: *padecer y callar*” constituyen “un camino y una norma corta para ser pronto santos y perfectos”⁽¹⁴⁷⁾. Recomienda el abandono a tantas personas y en tantas circunstancias, que casi se puede considerar como una directiva única y, por decirlo así, universal.

Un día que Fossi le pone cuestiones muy complicadas, nuestro Santo le responde simplemente, después de agradecerle por la ayuda que presta a los religiosos: “Sobre los otros puntos de su carta, siendo muchos y diversos, le diré que un solo pensamiento arregla todo, o sea, que ha de poner todo en el divino beneplácito y mirar los acontecimientos como venidos de la mano de Dios; y como son tantas las cosas que suceden en el día, ha de perder de vista lo que no sea obligación de su estado y con la jaculatoria ‘*fiat voluntas tua*’, ha de reposar sin inquietud, sin fijaciones, sin dar lugar a fantasmas”⁽¹⁴⁸⁾.

Otra carta de Fossi no contiene dificultades a las que no haya respondido ya S. Pablo de la Cruz. ¿Para qué darle un consejo nuevo? “Para no defraudarle sin respuesta le diré que se preocupe usted de vivir en todo y por todo resignado a la divina voluntad en cada acontecimiento o enfermedad de los suyos o en cualquier otra cosa que pueda ocurrirle”⁽¹⁴⁹⁾.

A una señora que encomienda a las oraciones de Pablo los asuntos de su casa, da este principio sencillo: “La mejor recompensa es adorar y amar la voluntad de Dios en los acontecimientos que van sucediendo. De esta forma se conserva el corazón en paz y se enriquece el alma de méritos y virtudes”⁽¹⁵⁰⁾.

La voluntad de Dios es para S. Pablo el medio de atenuar las dificultades interiores. Sirviéndose de una expresión de S. Francisco de Sales⁽¹⁵¹⁾, quiere él que se haga morir en la voluntad de Dios todo lo que se opone, más o menos directamente, a esa voluntad, todo lo que es un obstáculo al progreso, todo lo que entorpece la vida espiritual: deseos, lamentos, penas, ansiedades, inquietudes, aflicciones de cualquier clase, tendencias de la naturaleza. Citamos uno o dos ejemplos: “Haga usted morir todas sus penas etc. en el Beneplácito Divino”⁽¹⁵²⁾. “Haga morir las angustias, los abandonos... en el Beneplácito de Dios”⁽¹⁵³⁾.

Lo que importa subrayar es que todos estos obstáculos para la vida interior S. Pablo de la Cruz los quiere indistintamente muertos en la voluntad divina o en el fuego de la divina caridad. Las dos expresiones son para él perfectamente equivalentes. “Conviene hacer morir penas y angustias, cualesquiera que sean, en el fuego del santo amor”⁽¹⁵⁵⁾. También llega a usar al mismo tiempo las dos expresiones: “En cuanto a su deseo que atañe a su persona para dicha obra, hágalo usted morir en el santo amor y en el divino beneplácito, y deje ahí toda inquietud”⁽¹⁵⁶⁾.

Se servirá también de otras frases análogas, p.e.: “Hacer morir místicamente todo cuidado, deseos e inclinaciones, incluso hacia el bien, reposándose en el seno amoroso de Jesucristo”⁽¹⁵⁷⁾. No nos sorprende oír tan repetidamente a S. Pablo de la Cruz recomendando hacer morir nuestros deseos. Para él, que con tanta frecuencia manifiesta el deseo de cumplir o de ver cumplida la voluntad de Dios, es obvio que conviene reducir a eso solo todos nuestros restantes deseos, aunque sean buenos, y no solo los deseos ansiosos o inútiles: “... pues para caminar con seguridad, lo mejor es hacer morir todos los deseos en Dios”⁽¹⁵⁸⁾.

La correspondencia con Fossi está llena de consideraciones de este género: “Cultive sus buenos deseos reduciéndolos a uno solo, que es hacer en todo la Sma. Voluntad de Dios; queme y aniquile todos los demás en el fuego del santo amor”⁽¹⁵⁹⁾. El pensamiento del Santo corre con frecuencia hacia las necesidades de su corresponsal: “Usted está lleno de santos deseos y de piadosas resoluciones, todo muy bien; pero lo importante es que debe hacerlos morir en la divina voluntad, aunque dispuesto a secundarlos cuando el Señor lo quiera. Déjelos en un ángulo del corazón para que no estorben a los deseos y resoluciones necesarios a su estado presente. Si Dios quiere otra cosa de usted y de sus hijos, ya lo manifestará con luces claras y fuertes y con prodigios, si es necesario, para hacerle conocer su Sma. Voluntad”⁽¹⁶⁰⁾.

Y cuando Tomás Fossi se hace Pasionista, la voluntad de Dios la ha de encontrar en la obediencia: “Acercas del obrar y de tener deseos, quien vive bajo la obediencia puede vivir tranquilo y en paz, dispuesto a estar, a ir, a callar, etc. como Dios lo disponga en cada momento por medio de los Superiores. S. Ignacio respondió a uno de los suyos, gran Siervo de Dios y célebre apóstol, cuando éste le manifestó que tenía grandes deseos de obras, de ayudar a las almas, de ir a las Indias, etc: ‘Pues yo no tengo ninguna preferencia y si fuera como usted, me inclinaría a no inclinarme; y he aquí la razón: Nosotros estamos totalmente en las manos del Papa, él pensará en emplearnos como más le

agrade, y a nosotros nos toca obedecer'. Así digo yo también a V.R.; inclínese a hacer la voluntad de Dios..., viva en quietud y paz dónde y como quiere la Divina Majestad''⁽¹⁶¹⁾.

Con todos sus corresponsales igualmente Pablo exalta la sumisión a la voluntad de Dios: "Esos deseos de amor que experimenta al leer las vidas de los Santos son señales muy buenas; cultívelas; pero con total abandono a la Divina Voluntad''⁽¹⁶²⁾.

El consejo vale también para los defectos, las imperfecciones, los fallos. Es necesario echarlos "al fuego de la caridad''⁽¹⁶³⁾, quemarlos ahí y "no dejarse turbar ni inquietar''⁽¹⁶⁴⁾; hacerlos morir en el fuego del santo amor''⁽¹⁶⁵⁾. Arrepentirse, humillarse, pero sin inquietud "y después seguir adelante con más fervor que antes''⁽¹⁶⁶⁾. He aquí, valga como ejemplo, la recomendación que hace a una religiosa: "Si cae en defectos, no solo siete veces sino diez y ciento, no pierda por esto la paz y la confianza en Dios, sino que ha de humillarse dulcemente con un dolor amoroso y con un amor doloroso; bastan una o dos palabras: Dios se mostrará a Sí mismo. Esta es la vía corta para eliminar la imperfección. Dios la llama al recogimiento interior, a aquella soledad divina y silencio sagrado de fe y de amor, rico de todo bien; y ¿por qué, pues, cuando se siente herida por alguna imperfección o disipación de espíritu no huye enseguida al regazo del Sumo Bien con vuelo amoroso de fe, abismándose toda en Dios con un dolor amoroso y pacífico, dejando aniquilar lo imperfecto en aquel inmenso horno de caridad? Haciéndolo así, no solo quedarán borradas las imperfecciones, sino que renacerá en el Divino Verbo, Cristo Jesus, a una vida nueva, deificada, o sea que su alma resultará divinizada''⁽¹⁶⁷⁾.

3.- El abandono al divino querer es un camino seguro

San Pablo de la Cruz se preocupa, sí, de progresar deprisa; pero se empeña aún más en que se proceda bien y seguro. No simpatiza con caminos cortos, si no están, a la vez, garantizados en seguridad. Nadie como él ha tratado de evitar, para sí mismo y para los demás "las sendas del engaño". La claridad nítida de sus juicios y su extraordinaria humildad lo ponen al seguro de ilusiones. Nadie acaso ha combatido como Pablo contra la concentración y esfuerzos excesivos de pensamiento y sentimiento.

Pero aunque es consciente de que se corren riesgos y que no es posible "conseguir la perfección a fuerza de brazos''⁽¹⁶⁸⁾, también requiere de toda cooperación enérgica. Recuerda a las almas contemplativas que "ese trabajo divino" de la contemplación "habrá de pasar, para ser seguro, por la puerta que es Jesucristo Señor Nuestro y por su Sma. Pasión, que es toda obra de amor''⁽¹⁶⁹⁾.

A Inés Grazi, que se aficiona con facilidad a visiones imaginativas y a locuciones interiores, repite "que el camino más seguro es estar en la oración en pura fe, abismada en Dios, sin figuras o visiones, etc."''⁽¹⁷⁰⁾. No duda en pedirle que "corte con esas visiones; que así caminará más segura y agrada más a Dios''⁽¹⁷¹⁾. A Tomás Fossi da este consejo: "No filosofe usted tanto sobre sí mismo; camine a la buena; siga los pasos de Jesucristo; continúe su oración y fúndela siempre sobre los divinos misterios de la Sma. Vida y Pasión de Jesús, nuestra vida, pues ésta es la vía segura''⁽¹⁷²⁾.

Sin embargo, este Santo tan providente, prudente y cauto, en nada duda al declarar que el camino del abandono lleva ciertamente al fin. A una señora

afligida escribía: "Soporte todo valerosamente con paciencia y perseverancia hasta que plazca a Dios, sin buscar ni vivir ni morir, sino resignada en todo y por todo al divino querer, porque este es el camino seguro por el que se llega sin engaños a obtener la gloria del cielo, y es en esta vida el único consuelo en todas las pruebas y dificultades, tanto exteriores del cuerpo como internas del espíritu''⁽¹⁷³⁾.

Y ésta no es una afirmación única. A la Grazi escribe: "Han caído los cedros del Líbano, porque no han desconfiado de sí mismos y se han fiado de sus sentimientos. Quien vive abandonado en Dios, no perecerá''⁽¹⁷⁴⁾. "El que reposa en Dios con confianza y humildad verdadera no será engañado''⁽¹⁷⁵⁾. Quien está en los brazos de Jesús no caerá''⁽¹⁷⁶⁾. Y a Don Tuccinardi: Dios que es guía del alma en el abandono "lo conducirá a puerto seguro''⁽¹⁷⁷⁾.

El abandono es la felicidad ya en esta tierra. Es camino que lleva con seguridad a la paz y con la misma seguridad al cielo; que cura todos los males y que permite superar las pruebas; es con certeza una vía bienaventurada. "Aliméntese por tanto de la Divina Voluntad, porque haciéndolo así, probará con el tiempo una primicia anticipada del Paraíso, aun en esta tierra''⁽¹⁷⁸⁾.

San Pablo de la Cruz celebró la dicha de las almas abandonadas al querer divino. El abandono a la divina voluntad es verdaderamente para él "un remedio eficacísimo para estar contentos en Dios en todos los acontecimientos que ocurren dentro o fuera de nosotros''⁽¹⁸⁰⁾. Pero es necesario cerrar este capítulo, ya demasiado largo, en el que puede parecer que cada párrafo repite en forma ligeramente diversa lo que se ha dicho en el precedente. S. Pablo de la Cruz no distingue nunca perfectamente una de la otra las razones de cuantos militan en favor del camino del abandono al querer divino.

4. - Voluntad de Dios, Pasión de Cristo y sufrimiento humano

¿Por qué S. Pablo de la Cruz lleva tan adelante el abandono? ¿Qué es lo que ha contribuido a dar tanta profundidad y extensión a su doctrina sobre la voluntad de Dios? La respuesta no ha de buscarse sino en sus enseñanzas sobre la Pasión de Cristo y sobre el sufrimiento del cristiano como participante en ella.

1) La Pasión de Cristo motivo fundamental para vivir el abandono a la divina voluntad

Tocamos aquí la cima del pensamiento de Pablo de la Cruz, o sea la parte más original y más personal. El relieve y vigor con que describe, en su modo sintético, la eficacia de la Pasión para las almas, atrae inevitablemente la atención.

"Le digo que es un ejercicio óptimo y muy santo el pensar en la Sma. Pasión del Señor, el hacer oración sobre la misma, y éste es el modo de llegar a la santa unión con Dios''⁽¹⁸¹⁾. La meditación de la Pasión es "el medio más eficaz para exterminar los vicios y plantar la verdadera piedad''⁽¹⁸²⁾; "el medio más eficaz para convertir las almas más obstinadas''⁽¹⁸³⁾; "medio muy efectivo para destruir la iniquidad y encaminar las almas a gran santidad''⁽¹⁸⁴⁾.

La predicación de la Pasión es "medio eficacísimo para la conversión de los pecadores y para la perseverancia de los justos''⁽¹⁸⁵⁾. La Pasión de Jesús meditada "hace rendirse a los pecadores más empedernidos y duros''⁽¹⁸⁶⁾. El to-

no se eleva aún cuando Pablo trata de las relaciones entre la Pasión de N. Señor y la perfección. “En la Pasión Sma. de Jesús se encuentra todo: ahí se aprende la ciencia de los Santos”⁽¹⁸⁷⁾. Es un hecho experimental que el sufrimiento está íntimamente unido a la perfección. “Los grandes Santos han llegado a gran perfección” con “un recuerdo continuo de los tormentos de nuestro Amor Crucificado”⁽¹⁸⁸⁾. Las mayores tribulaciones son herencia de los más grandes amigos de Dios⁽¹⁸⁹⁾. Las pruebas que soporta pacientemente Tomás Fossi son señal clara de que Dios quiere hacer de él un santo⁽¹⁹⁰⁾. Cuando Dios quiere conducir un alma a la santidad, le envía el sufrimiento. S. Pablo de la Cruz no cesa de repetírnoslo. La tribulación es, al mismo tiempo, prueba de que uno es amigo de Dios⁽¹⁹¹⁾ y de que camina según Dios.⁽¹⁹²⁾ Es también instrumento de perfección y sello de santidad.

Dando a sus hermanos y hermanas indicaciones sobre el abandono, dice: “Tened buen ánimo en las pruebas y sabed que son las señales más ciertas de que sois amigos de Dios”⁽¹⁹³⁾. Y casi sin variar, escribió 46 años más tarde: “No se aflijan de las pruebas que sufren, porque son las señales más claras de que Dios les ama mucho”⁽¹⁹⁴⁾.

La cruz es camino que lleva a la santidad⁽¹⁹⁵⁾, dispone a la perfección y a la unión con Dios. S. Pablo de la Cruz parece admitir una equivalencia entre el sufrimiento y la santidad, como admite también una equivalencia entre la voluntad de Dios y la perfección⁽¹⁹⁶⁾.

Pero para que esta equivalencia sea real, Pablo supone siempre, aunque lo diga solo algunas veces, que se debe aceptar el sufrimiento tan perfectamente como sea posible, esto es: con abandono; o en otras palabras, afirma él como de la voluntad de Dios: “... el camino de los Santos es abrirse con sumisión a la prueba de Dios y hacer morir en la divina voluntad los movimientos de la naturaleza, que busca siempre la propia comodidad”⁽¹⁹⁷⁾.

Aunque no le parece verosímil que se pueda usar mal del sufrimiento, reconoce al mismo tiempo que es necesario aprender a sufrir. Pero esta ciencia supone estar versado en el abandono a la voluntad de Dios. Y, como consecuencia de cuanto hemos dicho, es claro que quiere afirmar que eso es ir hacia la perfección. Hay pues identificación entre el buen uso del sufrimiento y la práctica del abandono. “Quien sabe sufrir en silencio y en la paz, es casi perfecto”⁽¹⁹⁸⁾.

Hace falta acudir a la voluntad de Dios para usar bien el padecer. El motivo más fuerte que tenemos para aceptar el sufrimiento que Dios nos manda es ver en él la voluntad divina⁽¹⁹⁹⁾. Es necesario aceptar todos nuestros padecimientos directamente “de la mano amorosa de Dios”⁽²⁰⁰⁾; hacer “morir todas las penas en el beneplácito divino”⁽²⁰¹⁾. El verdadero modo de soportar los sacrificios más duros, las penas interiores más arduas, es pensar que Dios las ha querido desde toda la eternidad⁽²⁰²⁾. No hay duda, por lo tanto, de que a todos los padecimientos que nosotros buscamos, hay que preferir los que envía Dios⁽²⁰³⁾.

Por una coincidencia muy notable, dice él: “El bálsamo para curar todo sufrimiento es la Pasión Sma. de Jesucristo y la unión y abandono a su Sma. Voluntad”⁽²⁰⁴⁾. La Pasión tiene la virtud curativa que Pablo reconoce en la voluntad de Dios, en el abandono y unión con esta voluntad. Sobre todo hay que resignarse en el sufrimiento, abandonarse, unirse a la voluntad de Dios. La resignación supone que hay padecer, porque no es sino una aceptación, y no se ejercita sino en la cruz “con pacífica, silenciosa y resignada

paciencia”⁽²⁰⁵⁾.

Hay que resignarse sobre todo en las situaciones arduas, y en las pruebas hay que “alimentarse de la divina voluntad” y unirse más íntimamente a ella: “El verdadero amor de Dios se ejercita sobre la cruz del Amado Bien Cristo Jesús”⁽²⁰⁶⁾.

Muchas almas han llegado al abandono por la senda del sufrimiento; tanto que se puede afirmar con verdad que normalmente el abandono se ensambla en un camino de dolor, y que una vía dolorosa llega a ser fácilmente un camino de abandono.

Entre las ventajas que tiene la vía del abandono, acaso no encontró el P. Pinyés de ser “un tipo de verdadero martirio interior”, el camino “más crucificante, la senda por la que se lleva la cruz más santamente”⁽²⁰⁷⁾.

2) *La imitación de Cristo Crucificado da al sufrimiento su valor y enriquece al abandono con una nueva fuerza que acredita su grandeza*

En el océano de la Pasión de Cristo es donde se debe hacer la pesca de todas las virtudes; los sufrimientos de Jesús “son un medio muy eficaz para afianzar las almas en el santo amor y temor de Dios”⁽²⁰⁸⁾.

La Pasión, que es obra por excelencia del amor, es el motivo más poderoso para el amor. En ella y por ella “se enciende en nosotros el amor de Dios y quedamos absorbidos por el amor en el abismo de la divinidad”⁽²⁰⁹⁾. El amor es el impulso más potente de la vida espiritual y “hace falta siempre, mientras dura la vida, ir en busca del purísimo amor de Dios”⁽²¹⁰⁾. “El verdadero amor de Dios se ejercita sobre la Cruz del Amado Bien Cristo Jesús”⁽²¹¹⁾. Para “caminar por la senda del desnudo penar”⁽²¹²⁾. “El camino corto” para llegar al amor de Nuestro Señor “es perderse en el mar” de los padecimientos y dejarse “penetrar por el amor con que El los ha sufrido”⁽²¹³⁾.

Además, “el amor es virtud unitiva y hace propias las penas del Bien Amado”. El amor es lo que impulsa a S. Pablo de la Cruz a decir que se haga fiesta cuando uno se siente penetrado de los sufrimientos de Jesús “por dentro y por fuera”⁽²¹⁴⁾; a desear, hasta el día en que sea escuchado, tener impresa en el corazón la Pasión de su Jesús⁽²¹⁵⁾. Cuando se ama, necesariamente se imita.

Pablo admite como verdad sin réplica que toda la vida de Cristo ha estado permeada por el sufrimiento. Las palabras de la ‘Imitación de Cristo’: “Toda la vida de Jesús fué una cruz y un martirio”⁽²¹⁶⁾, le impresionan profundamente y las repite más de una vez⁽²¹⁷⁾. La conclusión que de ellas saca es sencilla: Para nosotros, cristianos, nuestra vida ha de ser como la de Cristo, una vida de sufrimiento. Y esta es, para él, la voluntad de Dios.

“Como el amado Jesús quiso que su vida aquí en la tierra estuviera siempre llena de martirizantes penas, trabajos, fatigas, dificultades, angustias, desprecios, calumnias, dolores, azotes, clavos, espinas y muerte amarguísima de Cruz, así me hacía entender que, abrazándome a El, debía llevar mi vida en medio de los padecimientos. ¡y oh!, ¡con cuánto júbilo mi pobre alma abrazaba toda clase de sufrimientos!”⁽²¹⁸⁾.

Es, por lo tanto, para Pablo un principio que el sufrimiento hace semejantes a Cristo. Y según su método habitual, lo repite de todas las formas. A una enferma escribe: “Su Divina Majestad quiere hacerla un vivo retrato del Crucificado”⁽²¹⁹⁾. A otra enferma le dice que está viviendo “una vida santa y toda conforme al Esposo Celestial, Cristo”⁽²²⁰⁾.

Declara con toda sencillez: “En sustancia el premio que Dios da a sus

siervos aquí en la tierra son las cruces, enfermedades, trabajos de toda clase, para hacerlos así semejantes a su divino Hijo Crucificado, Jesús⁽²²¹⁾.

Cuanto más sufrimos, más nos asemejamos a Cristo. Así también, en la medida de nuestros padecimientos, llevados con paciencia y abandono, así nuestro penar se acerca al de Jesús, y por consiguiente nos hace más semejantes a El⁽²²²⁾.

Y cuanto más se asemeja nuestro sufrir al de Cristo, más puro y desnudo será; será más desconsolado; (estas expresiones parecen sinónimas), más semejantes nos hará a Cristo paciente, más perfecto será nuestro dolor⁽²²³⁾. Este penar sin consuelo "Dios no suele conceder sino a las almas más predilectas suyas"⁽²²⁴⁾. Es, en verdad, la muerte mística que hace las almas tan gratas a Dios⁽²²⁵⁾, o más bien "el camino corto" que conduce a El. Ella nos hace realizar grandes progresos en la perfección. S. Pablo de la Cruz repite el motivo de S. Ignacio de Antioquía que el sufrimiento nos hace discípulos de Cristo⁽²²⁶⁾. Es la palabra que Pablo ha meditado profundamente y de la que trata de sacar todas las consecuencias posibles.

El ejemplo de Cristo, que es el motivo verdadero para aceptar el sufrir, es también la razón más elevada para practicar el abandono. Y porque Cristo se abandonó a la voluntad de su Padre e hizo de ella su manjar, es por lo que nosotros hemos de practicar el abandono. Y porque Jesús sufrió, y por todo lo que hizo por nosotros, habremos de sufrir y callar del mismo modo⁽²²⁷⁾.

"El que quiere ser santo, ama el seguir fielmente las huellas divinas de Jesucristo, convertirse de hecho en el oprobio de los hombres y en abyección de la plebe, porque se reconoce reo de lesa Majestad Divina por haber pecado. El que quiere ser santo, ama vivir oculto a las miradas del mundo, toma lo dulce por amargo y lo amargo por dulce, y su comida es hacer en todo la Sma. Voluntad de Dios; y como ésta se realiza más en el sufrir que en el gozar, porque en el gozo siempre se mezcla la voluntad propia, así el verdadero siervo de Dios ama el desnudo padecer, recibéndolo sin intermediario, solo en la purísima Voluntad del Señor"⁽²²⁸⁾.

La imitación de Cristo entusiasma el alma de S. Pablo de la Cruz. Pero tiene también el efecto maravilloso de dejarla totalmente desprendida y entregada a Dios. Cualquiera que sea su sufrimiento, el alma de Pablo no se repliega sobre sí misma, sino que saborea su dolor. Conserva la paz y, en lo posible, hasta la alegría. Sus enseñanzas en este punto, como en los demás, corresponden por completo a cuanto él practica personalmente. "Quisiera que también en sus dolores se anonade usted y no haga caso de ellos; que no fije ahí su pensamiento y, por decirlo así, que no los mire a la cara; y sobre todo querría que no los exteriorice, mostrándose, en todo lo posible, serena y jovial, como suelen hacer los verdaderos amantes de la Sta. Cruz. Le decía que no mire de cara sus dolores y que no fije en ellos su pensamiento; quiero referirme a la parte superior de su espíritu, pues ya se sabe que la parte inferior no llega a eso, a menos que no los sienta, que ya no sería dolor. Y le digo esto para que no pierda de vista el Sumo Bien, sino que esté en la Cruz como víctima de amor, toda unida al dulce Jesús y toda quemada y consumida por el fuego de su infinita caridad"⁽²²⁹⁾.

Conclusion

Querriamos conocer los orígenes y poder decir así bajo qué influencias nació en Pablo de la Cruz esa espiritualidad del abandono, tan sencilla y elevada, que él practicó personalmente con tanto heroísmo⁽²³⁰⁾, no aficionándose a nada sino a la sola voluntad de Dios, que es también una de las líneas esenciales de su dirección espiritual.

De hecho, hay un dato comprobado. Por mucho que retrocedamos a estudiar los escritos del Santo, nos encontramos ya desde su principio con una doctrina completa, sea sobre el abandono, como también sobre la Pasión de Cristo. Es difícil señalar en el resto de su vida una variante apreciable. Desde el primer día de su retiro de 1720, en que escribió la Regla de los Pasionistas, manifiesta su deseo ardiente de unir sus sufrimientos a los de Cristo. "Sé que por la misericordia de nuestro amado Señor no deseo saber otra cosa ni gustar consolación alguna, pues solo quiero ser crucificado con Jesús"⁽²³¹⁾. Llega hasta desear sufrir actualmente los padecimientos de Cristo⁽²³²⁾, a querer sufrir cada día más y más⁽²³³⁾; "a vivir siempre en el sufrimiento"⁽²³⁴⁾.

El padecer le es tan querido, que no busca alivio⁽²³⁵⁾ sino en la parte inferior del su ser⁽²³⁶⁾. Más aun; pide él a N. Señor que no lo libre de sufrir⁽²³⁷⁾, sino solo de las tentaciones que van contra Dios⁽²³⁸⁾. Hasta tiene miedo de verse privado de la cruz⁽²³⁹⁾. Su amor a la Pasión de Jesús le hace desear morir por Cristo⁽²⁴⁰⁾ y ser mártir⁽²⁴¹⁾. Las cruces del Señor son el gozo de su corazón⁽²⁴²⁾, y es tal la alegría de poder sufrir, que le hace olvidarse del hambre y del frío⁽²⁴³⁾.

Pablo prueba "un verdadero gozo en que se haga la voluntad de Dios"⁽²⁴⁴⁾. El alma abraza con arrojo los padecimientos, porque sabe que son voluntad de Dios. Aun sin pronunciar la palabra "abandono", tenemos ya todos sus elementos: la aceptación perfecta del sufrimiento y la unión total a la voluntad de Dios. El alma, perfectamente indiferente, "... se manifiesta en que no piensa ya ni en padecer, ni en tener consolación; sólo está fija en la voluntad Sma. de su Esposo amado, Jesús"⁽²⁴⁵⁾, prefiriendo ser crucificada con El para conformarse a El, que pasó toda su vida en el sufrimiento. Una sola frase lo resume todo: "Que se haga la voluntad Sma. de nuestro amado Dios"⁽²⁴⁶⁾.

Habría que tratar de descubrir, si fuera posible, el misterio de los años de formación que precedieron al 1720. Se sabe que la influencia de S. Francisco de Sales, de quien trae origen la espiritualidad del abandono, fué grande en la época de S. Pablo de la Cruz. Aunque esto sea cierto y en nuestro Santo aparece clara esa influencia, no la veo suficiente para atribuir solo a ella el desarrollo tan magnífico y profundo que tuvo en Pablo de la Cruz esa doctrina del abandono.

Quedo persuadido que es necesario buscar más de cerca en el Santo y que valdría la pena estudiar la corriente italiana de espiritualidad sobre el abandono en la época de fines del siglo XVII y principios del XVIII, de la que las cartas de S. Pablo de la Cruz son uno de los más preciosos monumentos.

NOTAS

⁽¹⁾ La referencia a las *Cartas* de S. Pablo de la Cruz se hace con indicación del volumen y de la página de *Lettere di S. Paolo della Croce*, Roma, 1924, vol. I-IV. Es de lamentar que el índice analítico de las materias, tan precioso, esté limitado a un corto número de conceptos principales.

Me he aprovechado también de las obras muy apreciables del P. Gaetano del Santo Nombre de María, en particular de la que se titula *Doctrina de S. Paul de la Croix sur l'oraison et la mystique* (Lovaina 1932). El autor demuestra claramente la relación directa de nuestro Santo con los cuatro grandes místicos: Taulero, Santa Teresa, S. Juan de la Cruz y S. Francisco de Sales. Me parece, con todo, que el P. Gaetano, por otra parte tan atento al cotejo, no tuvo en cuenta debidamente las diferencias, de lo que es característico y personal, de las experiencias propias de S. Pablo de la Cruz; que no las puso suficientemente en evidencia. Parecería no tener en su justo valor un hombre tan original como el Fundador de los Pasionistas, si se le quiere uniformar demasiado a sus predecesores.

La parte que la Pasión tiene en su mística es, de hecho, mayor de cuanto hemos podido decir. Habría sido necesario estudiar primeramente a Pablo en sí mismo y por sí mismo, describiendo, p.e. aquella contemplación amorosa y dolorosa de la que nos habla en el Diario de su retiro de 1720: "Dios me da a entender que el alma a la que quiere elevar a una alta unión consigo mismo por medio de la santa oración, es necesario que pase por este camino de sufrir sin ninguna consolación sensible" (I, 9). Habría sido bueno también hacer una exposición de conjunto de la espiritualidad del Santo.

⁽²⁾ IV, 75.

⁽³⁾ Sabe él, por experiencia, que no es fácil comprender a las almas contemplativas y, por lo tanto, dirigirlas: "Las almas más elevadas, aunque comprendan, no pueden expresar eso que entienden; que no sería obra de Dios si se pudiera expresarlo". II, 497.

⁽⁴⁾ Hay muchas frases que él emplea para explicar cosas importantes: "es necesario no pasar por alto"; "no hay que perder nunca de vista"; "hace falta darle mucha importancia"; "tenerlo en gran cuenta", etc.

El siglo XVII, antes de S. Pablo de la Cruz, consideraba la conformidad con la voluntad de Dios como un camino corto para llegar a la perfección. El P. G. De Guibert, en sus "Lecciones de Teología espiritual", (Toulouse, 1943, t. 1, 6ª lec.) "Perfección y conformidad con la voluntad de Dios", p. 208, apunta que en el siglo XVII toda una serie de obras sobre la conformidad con la voluntad de Dios, se presentan ya como caminos cortos para llegar a la perfección.

Y cita a Benedicto de Canfeld: "Regla de perfección que contiene un compendio de toda la vida espiritual, reducida al único punto de la voluntad de Dios" (París 1609). Pablo de Lagny: "El camino abreviado de la perfección contenido en el ejercicio de la voluntad de Dios" (París 1662). Eusebio Nieremberg: "Vida divina y camino real para la perfección" (Madrid, 1633). Gaspard Druzicki: "Tratado de la senda cortísima hacia la perfección que consiste en comprender y seguir la divina voluntad" (Kalish, 1662). Alejandro Piny: "Estado del puro amor o de la práctica para llegar muy pronto a la perfección por medio del Fiat" (Lion 1676).

(a) Por *voluntad de signo*, dicha también "voluntad significada", se entiende cuanto Dios ha manifestado claramente en los mandamientos, en los preceptos de la Iglesia, en las Constituciones para los religiosos y a través de las inspiraciones. Por *voluntad de beneplácito* se significa lo que Dios manifiesta mediante los acontecimientos que El quiere o permite para el mayor bien de quienes ama.

⁽⁵⁾ I, 805.

⁽⁶⁾ II, 62.

⁽⁷⁾ Las "Piedras fundamentales", señaladas con más frecuencia, se hallan en el paso siguiente: "Si V.R. está atenta al desprecio total de sí misma, a una mortificación verdadera, interna y externa, a un entero abandono al divino beneplácito, a un auténtico desprendimiento de todo lo creado, de donde nacen todas las virtudes más bellas, con estas piedras fundamentales (a las que van unidas todas las demás, y principalmente la obediencia, el anonadamiento perfecto, el silencio y la soledad externa lo mismo que la del corazón) con estas piedras - le digo - fabricará usted un gran edificio de perfección o, para decir mejor, con su cooperación lo fabricará Dios, que tendrá en él sus delicias" (A M.M. Eleonora del Pozo, el 12-12-1735, II, 5). Otras indicaciones pueden verse en: III, 598, 663; IV, 261, 292.

A veces Pablo no apunta sino a una "piedra fundamental", p.e.: "El amor a la abnegación propia y el conocimiento de la propia nada es la piedra fundamental de las demás santas virtudes" (VI, 268). "El conocimiento de sí mismo, de las propias miserias, de nuestro nada ser, nada poder, nada saber, es el fundamento sobre el que se debe levantar el edificio de todas las virtudes y de nuestra perfección" (I, 804). "Ame cada vez más las virtudes fundamentales que me apunta, o sea, ha hu-

mildad de corazón: N.N.N." (III, 164). N.B. Las tres NNN indican las tres "nadas" del texto precedente.

⁽⁸⁾ I, 528. en mayo de 1771 indicaba a M.M. Crucificada una lista de virtudes que deben practicar las que se preparan a vestir el hábito de la Pasión. Y se preocupa de que en ella figure "el total abandono al divino beneplácito" (II, 321).

⁽⁹⁾ I, 528.

⁽¹⁰⁾ I, 86.

⁽¹¹⁾ I, 307.

⁽¹²⁾ II, 521.

⁽¹³⁾ I, 491.

⁽¹⁴⁾ I, 286.

⁽¹⁵⁾ I, 292.

⁽¹⁶⁾ III, 18. Cfr. también I, 574. Este motivo de caridad se inspira con frecuencia en la Pasión de Jesús: "...Resignándoos pacíficamente a la voluntad de Dios y aceptando con buen ánimo llevar vuestra vida penosa y agonizante por amor a la Pasión y Muerte de aquel Soberano Señor que por amor nuestro ha querido hacerse tan pobre y morir después desnudo sobre su Cruz, seréis tan agradable y amado por Dios, más que si hubierais llevado una vida penitente en el desierto de Tebaida, y moriréis santamente". A su hermano José, el 2-2-1756, II, 553.

⁽¹⁷⁾ III, 625.

⁽¹⁸⁾ III, 356. También S. Alfonso de Ligorio parece que admite que la "resignación" contiene la caridad perfecta. El célebre cap. XIV de "La Monja Santa" habla "De la resignación a la voluntad de Dios" y empieza con esta frase: "Dice S. Juan Crisóstomo que toda la perfección del amor hacia Dios consiste en la resignación a su divino querer". San Francisco del Sales es menos claro en su "Tratado del Amor de Dios" que dice en el libro IX, c. 4: "De la unión de nuestra voluntad al beneplácito de Dios mediante la indiferencia".

El equivalente exacto de "resignación" en S. Pablo de la Cruz es la "resignatio sui" (entrega de sí mismo) del medioevo, tal como se encuentra p.e. en Sta. Gertrudis, *Insinuationes divinae pietatis*, II, 54; o también en la *Imitación de Cristo* III, 37. La palabra "resignación", en su acepción actual, no traduce bien el contenido deseado por Pablo de la Cruz. Sería mejor decir "abandono". El P. Gaetano del Nombre de María se dió cuenta de que las palabras "resignación" y "abnegación" tienen con frecuencia idéntico significado; por eso en "Doctrina..." en el índice analítico para las voces "resignación" y "abnegación" indica las mismas referencias.

El mismo autor, en la obra *Oración y Ascensión Mística de S. Pablo de la Cruz* (Lovaina, 1930) tiene un largo párrafo en el que trata de describir la actitud de S. Pablo de la Cruz con respecto a la voluntad de Dios "durante sus 45 años de desolación", y lo titula: "Paciencia y resignación a la voluntad divina". ¿Es suficiente decirlo así? Tal vez se diría mejor: "Abandono perfecto y unión total a la divina voluntad".

⁽¹⁹⁾ A la Grazi, I, 207. La humildad es la virtud que más agrada a Dios. He aquí lo que escribe a la misma: "Quien desea agradar más a María Sma... ha de humillarse más, aniquilarse más; porque María fué la más humilde entre todas las creaturas, y por eso agradó a Dios más que todos, por su humildad" (I, 349). Aun más: "Non hay cosa que agrade más a Dios que el aniquilarse y abismarse en la nada; y esto espanta al diablo y lo hace huir" (I, 150).

¿Se puede admitir por eso como un cierto balanceo en las preferencias de Pablo de la Cruz diciendo, ora que el abandono es la virtud que más agrada a Dios, ora que lo es la humildad? - Es posible. Pero yo creo que él da más importancia al abandono que a la humildad, como lo demuestra cuanto declara a una religiosa: la enfermedad que sufre "es un don precioso del Esposo celestial para que usted se ejercite en aquellas virtudes que agradan al Esposo divino y que mejor se ejercitan en el sufrir que en otras ocasiones. Estas son principalmente la humildad de corazón y el amor al anonadamiento propio, la paciencia y constancia en el padecer y un silencio sagrado de fe y de santo amor. La paciencia encierra en sí la obra perfecta y la verdadera resignación a la Divina Voluntad, que es el tesoro de los tesoros" (III, 625).

⁽²⁰⁾ III, 18.

^(20 bis) I, 506; Cfr. también II, 318.

⁽²¹⁾ I, 674.

⁽²²⁾ II, 642.

⁽²³⁾ Me limito a algunas referencias: A la Grazi: I, 157, 178, 217, 223, 315, 326; a Fossi: I, 611, 647; a una Carmelita: III, 94; etc.

⁽²⁴⁾ III, 484.

⁽²⁵⁾ III, 833.

⁽²⁶⁾ En la misma época el P. De Caussade profesaba idéntica doctrina. "Hacéis bien en atacaros fuertemente y casi exclusivamente a la práctica excelente del abandono total a la voluntad de Dios.

Ahí es donde encontraréis la perfección” Cfr. *El Abandono a la Divina Providencia*, libro I, 1.

“Queréis que os indique la vía más corta y más segura para llegar a la perfección ... Pues hela aquí: el abandono total, ciego, absoluto es para las almas que están en un camino como el vuestro el colmo y la síntesis de la perfección, porque ésta consiste en un amor puro y para usted el puro amor se encierra en el abandono”. Ib. 2.

“En lo que atañe a las almas que se han propuesto evitar todas las culpas voluntarias y cumplir fielmente los deberes del propio estado, se puede reducir toda la perfección en la práctica a esta sola máxima: ejercicio de una continua resignación a todo querer divino, de un completo abandono a todas las disposiciones de su Providencia. Sí, Padre celeste, yo quiero todo; sí, y siempre sí. Decir esto y repetirlo como disposición habitual, sin que haga falta pronunciarlo ni siquiera interiormente, he aquí en pocas palabras el camino grande y corto de la más alta perfección”. Ib. lib. 2, 1.

(27) IV, 321.

(28) II, 703.

(29) I, 506.

(30) I, 209.

(31) I, 180, 265, 324; II, 303.

(32) I, 574.

(33) I, 256, 257.

(34) I, 257.

(35) II, 482.

(36) II, 584. Pablo no hace sino alusiones de paso a los motivos del abandono. Le basta una línea para resumirlos así, escribiendo a la Grazi: “Dios es su guía, su Padre, maestro y esposo; abandónese cada vez más en el regazo divino de su beneplácito Smo”. (I, 209).

Pero vuelve con insistencia sobre el hecho de que Dios quiere lo mejor; que todo lo hace concurrir al bien mayor (I, 717); que dispone de los acontecimientos para nuestro aprovechamiento espiritual (I, 330) y para el mayor bien de nuestras almas (II, 589; III, 115). Todo lo que sucede es bueno, excepto el pecado (I, 292). Lo que envía Dios es óptimo, porque lo quiere El. Crea usted “firmemente que Dios se ha complacido desde toda la eternidad de verlo caminar por esa senda del dolor, para asemejarse a Jesús”, escribe a Fossi (I, 671). Y lo mismo a una religiosa (IV, 321). Ante un acontecimiento, sea cual fuere no se ha de hacer otra cosa que callar y aprobarlo, porque “las obras de Dios son todas purísimas” (II, 442), o bien decir solamente las palabras de Jesús: “Sí, Padre, porque así te ha parecido bien”.

(37) I, 672, 760, 768-769.

(38) II, 584; Cfr. también IV, 321.

(39) I, 330, 671.

(40) III, 407.

(41) I, 536; también I, 316; III, 756.

(42) IV, 165.

(43) I, 54. Cfr. también II, 39, 318, 746; IV, 54, 67.

(44) I, 611.

(45) I, 752; también IV, 10.

(46) I, 177, 326.

(47) I., 110, 159, 326, 333; II, 315, 584.

(48) I, 110.

(49) I, 257.

(50) I, 756.

(51) III, 396.

(52) I, 159.

(53) II, 309.

(54) I, 476.

(55) I, 383, 417, 615, 689.

(56) I, 542, 547, 573.

(57) II, 274.

(58) III, 176.

(59-60) No hablo más que del abandono en la oración contemplativa. Pero hace falta indicar al menos las relaciones del abandono con la oración, a todos los niveles de ésta. Ante todo, S. Pablo de la Cruz está de acuerdo con S. Francisco de Sales que en el “Tratamiento” XVIII, sobre los Sacramentos, dice de la oración: “Id sin preocupaciones de deseo de consolación y de satisfacciones, porque esto no deja que nuestra voluntad se una adecuadamente a la de N, Señor”.

Pablo de la Cruz tiene claramente el abandono como un fruto de la oración: “Es necesario que haga

oración porque está sujeta a muchos acontecimientos y para recibir todo con resignación y sufrir con fortaleza” I, 41. Dice de sí mismo: “Yo no deseo otra cosa que hacer la voluntad de Dios, a lo que tienden todas mis oraciones” II, 490.

La oración, en último análisis, es un ejercicio de abandono, un ejercicio de la voluntad de Dios. La aridez, la impotencia, la desolación tienen la ventaja de obligarnos a practicar continuamente el abandono. La voluntad de Dios “se cumple mejor en las arideces, desolaciones, abandonos y otros trabajos, que en las consolaciones, en las que todo niño resulta valiente” II, 295. Y así aconseja él hacer con frecuencia actos de abandono durante las arideces, III, 363, 367.

(61) I, 103, 104.

(62) He aquí un ejemplo: “Caminad con desnuda pobreza de espíritu, en ancha y profundísima soledad con la sola guía de la S. Fe y sin otro apoyo que el puro, simple y confiado abandono en la divina voluntad” II, 484.

(63) II, 496.

(64) II, 469; también IV, 100.

(65) II, 446.

(66) II, 289.

(67) I, 113, 135, 155.

(68) II, 496, 511.

(69) II, 467.

(70) III, 383; cfr. también II, 289.

(71) II, 291-292.

(72) I, 753.

(73) II, 322, 724, III, 191.

(74) I, 275.

(75) II, 469.

(76) II, 509.

(77) Se sabe que la contemplación de Sta. Juana de Chantal, la oración de simple mirada o “entrega a Dios”, estaba toda en la línea del abandono a la voluntad de Dios. Ella misma dice que era una “simple visión de Dios y de la propia nada, toda abandonada a la santa voluntad del Señor, de cuyos proyectos es necesario estar contentos y tranquilos, sin agitarse para hacer actos de entendimiento o de voluntad”. Obras completas de Sta. Juana de Chantal, Paris, 1875, t. II, p. 41.

Es muy verosímil que el reposo en Dios “en silencio de fe y de amor”, que con tanta frecuencia se cita en la correspondencia de S. Pablo de la Cruz, sea muy afín a la oración de Sta. Juana de Chantal. Es ya una oración pasiva. Por otra parte es probable que la oración hacia la que dirige a la Palozzi, cuando ella ya no puede meditar, sea una oración activa de simple mirada o de presencia de Dios: “Estése dentro de sí misma en pura fe, sin imágenes, con una dulce y pacífica atención a Dios, a quien usted tiene dentro de sí, hasta estar más en Dios que en sí misma”, III, 362.

Se deben subrayar las declaraciones muy fuertes sobre la presencia de Dios que hace el Santo más de una vez a la Palozzi: “Es de fe que nuestra alma es templo de Dios vivo; es de fe que Dios habita en nosotros. Entre, por lo tanto, dentro de sí misma y adore allí al Altísimo en espíritu y en verdad; háblele ahí de sus penas, de su amor por nosotros...” III, 359. “Se recuerde que es verdad de santa fe que Dios está más cerca de nosotros que nosotros a nosotros mismos; mucho más cerca que nuestra piel a nuestra carne. Por lo tanto se pierda toda en Dios, descanse en su divino regazo, lo adore, lo ame y si no puede decir palabra, no importa; más bien es así mejor”, III, 367.

(78) II, 509.

(79) I, 796.

(80) III, 439.

(81) Notamos que si la parte del hombre en la contemplación es de mantenerse en su nada, también en el camino simple de la perfección la abnegación y la humildad tienen ya una importancia considerable.

Dice en una carta a la Grazi: “Consuele a todos, diga lo que Dios la inspira y luego se retire de las criaturas para tratar a solas con el Sumo Bien... Dios la llama a una altísima perfección, y para llegar a ella hace falta su cooperación y cuanto ha de hacer por anonadarse delante de Dios y del prójimo, en espíritu de verdadera y sencilla humildad, con altísimo desprendimiento de todo lo creado y de su propia vida, con una transformación total en el Divino Beneplácito y un total abandono en aquel abismo de infinita Bondad”, I, 132.

Temenos aquí un buen resumen de dirección espiritual dada a una persona contemplativa. Las disposiciones fuera de la oración no son diversas a las que deben acompañar la oración misma.

Indicaciones del mismo género se encuentran aquí y allá en la correspondencia. Dice p.e. a la Grazi: “Si Dios no nos la enseña / la contemplación infusa /, nosotros no podemos entrar en ella”. A Fossi escribe: “La oración altísima infusa la da S.D.M. a las almas bien purificadas y desprendidas,

después de largas pruebas, y no a todas, sino a pocas, según place a su Divina Providencia", I, 625. Y a una religiosa: "Porque V.R. me dice que no entiende qué es la contemplación a la que Dios bendito hace llegar a las almas grandes y fieles en padecer con paciencia, con mansedumbre, con grande resignación los trabajos de cuerpo y de espíritu que Dios les permite, tomándolos inmediatamente de sus divinas manos, cierto que S.D.M. le hará la gracia de saber contemplar y meditar bien las penas santísimas de Jesucristo e imitar su virtudes divinas, y ésta es una contemplación riquísima. La otra, después, Dios la concede gratuitamente a quien le place y no es camino para todos, sino para almas amadas, muy amadas y predilectas", II, 267.

⁽⁸²⁾ II, 496; cfr. también II, 489, 499, 503, 511, 522. Tendría que doblar los números de referencia si tuviera que recordar todos los textos en los que se indican los dos primeros consejos.

⁽⁸³⁾ P. Piny, O.P. *Le plus parfait*, París 1919, pp. 15-16.

⁽⁸⁴⁾ II, 316.

⁽⁸⁵⁾ Piny, *op. cit.*, p. 18.

⁽⁸⁶⁾ I, 760. "Esposarse con la divina voluntad" es una expresión que se encuentra en: I, 591.

⁽⁸⁷⁾ I, 292; II, 457; III, 612.

⁽⁸⁸⁾ II, 442.

⁽⁸⁹⁾ II, 457.

⁽⁹⁰⁾ II, 584.

⁽⁹¹⁾ II, 87; cfr. también III, 480.

⁽⁹²⁾ I, 262.

⁽⁹³⁾ II, 23; III, 600, 604.

⁽⁹⁴⁾ IV, 337.

⁽⁹⁵⁾ III, 717; cfr. también III, 743.

⁽⁹⁶⁾ I, 530.

⁽⁹⁷⁾ I, 578.

⁽⁹⁸⁾ I, 645-646. Las comparaciones mismas de las que se sirve para reafirmar la profundidad del abandono son muy instructivas. Si ellas subrayan la pasividad, muestran también el amor y la confianza que deben animarla. La más común es la del pequeño lactante que reposa sobre el seno de su madre: I, 209, 220, 756, etc. Es una comparación que se encuentra en S. Francisco de Sales, *Tratado del Amor de Dios*, lib. IX, cap. 14: "como un tierno niño sobre el seno de su madre"; y en el "Entretimiento" II, dice: "el alma que se encuentra abandonada... en los brazos de N. Señor como niño en el seno de su madre".

Tiene también la imagen del corderillo que se deja trasquilar sin oponer resistencia: I, 476. Y aun otra más expresiva: "Hace usted bien de entregarse como muerta en los brazos de la divina misericordia", IV, 100. Dice aún a la M. Crucificada: "Esté como muerta y sepultada en el divino beneplácito, sin lamentarse jamás de nada", II, 312.

La más fuerte, sin duda, es la siguiente: "La nave está en el mar, sin velas y sin remos, pero está guiada por el gran Piloto, que ciertamente la conducirá a puerto seguro; está combatida por las tempestades y por los vientos, para que brille así el Poder, la Sabiduría de ese gran Piloto que la guía", I, 86. La comparación se repite en una carta a la Grazi: "Se ponga en las manos de Dios, toda abandonada en El, como una nave sin velas y sin remos..." I, 236.

⁽⁹⁹⁾ Había pensado antes titular este capítulo: "Ventajas del abandono", a ejemplo del P. Piny que en "El más perfecto" expone las 18 razones por las que, según él, el camino del abandono es superior a las otras vías interiores.

Pero reconozco que este título no viene casi nunca en el espíritu de S. Pablo de la Cruz, y que, sin duda, a propósito del camino más desinteresado, se identifica con la vía del puro amor, que no tiene otro fin que el de agradar a Dios, por lo que sería mejor no hablar de ventajas. A decir verdad, no es que sea una cuestión de palabras. Pero en lugar de multiplicar las razones en pro de la vía del abandono, me ha parecido mejor buscar menos en número y más en profundidad y, siguiendo la mentalidad del Fundador de los Pasionistas, quedarme en lo esencial.

No insistiría, p.e. sobre el hecho de que S. Pablo de la Cruz ve con frecuencia en el abandono un medio eficaz para obtener toda suerte de gracias, cfr. p.e. I, 62, 491; II, 703. Nos dice bien, y esto es lo más característico, que la voluntad de Dios lleva consigo la gracia divina; cuando Dios requiere de nosotros alguna cosa que cumplir, una misión que ejecutar, nos da los medios necesarios. El Ven. Baltasar Álvarez, nombrado confesor de Sta. Teresa, pide a Dios el don de la oración para dirigir a su nueva penitente, y es escuchado, cfr. II, 497.

⁽¹⁰⁰⁾ I, 768-769.

⁽¹⁰¹⁾ I, 644.

⁽¹⁰²⁾ II, 48.

⁽¹⁰³⁾ III, 399.

⁽¹⁰⁴⁾ I, 695; cfr. también II, 458.

⁽¹⁰⁵⁾ III, 302-303.

⁽¹⁰⁶⁾ I, 101.

⁽¹⁰⁷⁾ III, 260.

⁽¹⁰⁸⁾ III, 403.

⁽¹⁰⁹⁾ II, 126.

⁽¹¹⁰⁾ III, 365.

⁽¹¹¹⁾ III, 368.

⁽¹¹²⁾ I, 663.

⁽¹¹³⁾ I, 697.

⁽¹¹⁴⁾ I, 663-664.

⁽¹¹⁵⁾ I, 558, 589. Cfr. también III, 122, 381, 515, 546, etc.

⁽¹¹⁶⁾ III, 664.

⁽¹¹⁷⁾ I, 526.

⁽¹¹⁸⁾ I, 787-788; II, 724-725; III, 820; I, 526. Cfr. también P. Gaetano, "Doctrina..." p. 56.

⁽¹¹⁹⁾ III, 348.

⁽¹²⁰⁾ III, 382, 386.

⁽¹²¹⁾ II, 404.

⁽¹²²⁾ I, 504; III, 824.

⁽¹²³⁾ III, 701, 546.

⁽¹²⁴⁾ III, 780.

⁽¹²⁵⁾ I, 717.

⁽¹²⁶⁾ III, 755.

⁽¹²⁷⁾ IV, 86. La misma indicación de estas tres palabras para subrayar el despego completo se encuentra en II, 816; I, 576.

⁽¹²⁸⁾ III, 835.

⁽¹²⁹⁾ Esta importancia dada al desprendimiento total es uno de los temas comunes de la espiritualidad del abandono. El P. De Causade escribe: "Queréis que os indique el camino más corto y más seguro para llegar a la perfección... Despojese del todo de sí misma, de toda pretensión, de toda búsqueda, de todo volveros a vos misma, de todo lo que podéis llamar vuestro, y poneos sin reservas y sin retornos bajo la guía del beneplácito de Dios", en *El abandono a la divina Providencia*, lib. I, let. 2.

¿Quién podría contar los pasos tan numerosos en que S. Pablo de la Cruz pide a sus corresponsales "despojarse de todo lo creado", "de todo lo que no es Dios"? Sobre el desprendimiento de sí mismo voy a citar este texto a la Grazi: "Afortunada aquella alma que se despega del propio gozar, del propio sentir y del propio entender", I, 107. Este consejo de humildad dado a Teresa Palozzi es también muy significativo: "Una verdadera sierva de Dios no debe mirar de la tierra sino a cuanto basta para ser sepultada", III, 361.

⁽¹³⁰⁾ III, 260. Dice casi lo mismo en II, 742: "En medio de tantos acontecimientos, conviene huir a la inexpugnable fortaleza de la confianza en Dios y de la resignación a su Sma. Voluntad, sin mirar a la cara lo que pueda venir"... En otros pasos indica como fortaleza inexpugnable el Sgdo. Corazón de Jesús, p.e. en I, 238, 283.

⁽¹³¹⁾ II, 412-413. La tempestad de que se habla es la persecución de que es objeto el Fundador. El mismo parangón en III, 753.

⁽¹³²⁾ III, 380.

⁽¹³³⁾ I, 495. Y añade como para indicar la fuente de esta alegría: "... con gran confianza en Dios, toda abandonada y descansando en su divino regazo paterno".

⁽¹³⁴⁾ III, 396.

⁽¹³⁵⁾ II, 473.

⁽¹³⁶⁾ II, 295.

⁽¹³⁷⁾ I, 718.

⁽¹³⁸⁾ En la correspondencia con la Palozzi, que es de un temperamento de fuego (III, 410), inquieta, agitada, pronta, se encuentran muchísimos consejos sobre la paz: "Las inquietudes nacen siempre de una raíz mala, y por eso hace falta humillarse enseguida y resignarse a la divina voluntad en todo acontecimiento contrario, abrazando todas las cosas adversas como venidas de la mano amorosa de Dios, y así dejar morir toda ansia en el fuego de la divina caridad", III, 387.

La exhorta a calmarse antes de la acción: "Ponga en tranquilidad el corazón antes de ponerse a obrar", III, 395. "Haga las cosas con gran paz, sin agitación o prisa, porque éstas son la peste de la devoción", dice S. Francisco de Sales. Por lo tanto, esté en paz, pensando en Dios; trabajad, cocinad, servid a todos, pero con paz amando a Dios, con su espíritu en los brazos de Jesús; Oh; qué camino corto para llegar a la santidad"! III, 372. Teresa Palozzi se acusa de frialdad en el servicio de Dios, y Pablo le pide que se examine si está "disipada en los sentidos externos y procure con toda

diligencia enmendarse", III, 370.

Sobre la relación entre paz y abandono cfr. P. De Caussade, *El abandono a la divina Providencia*, lib. I, let. 1 y 10.

(139) II, 615.

(140) II, 767.

(141) III, 591.

(142) II, 506.

(143) II, 264.

(144) I, 713.

(145) I, 86.

(146) II, 30; III, 625.

(147) III, 355.

(148) I, 751.

(149) I, 752.

(150) III, 591.

(151) "Si un alma que se ha abandonado al beneplácito de Dios advierte en si algún deseo, lo hace morir inmediatamente en la voluntad de Dios", S. Francisco de Sales, "Entretenimiento" II sobre la confianza. La expresión vuelve al menos dos veces en el "Entretenimiento" II. Se encuentra también en el *Tratado del Amor de Dios*, lib. IX, cap. 12.

(152) I, 686.

(153) III, 755.

(154) II, 515.

(155) IV, 53.

(156) III, 465-466.

(157) I, 506.

(158) I, 238.

(159) I, 611.

(160) I, 647.

(161) I, 807.

(162) III, 215.

(163) IV, 58.

(164) II, 487.

(165) IV, 51.

(166) II, 487.

(167) III, 482.

(168) I, 418. Dice también: "Es necesario procurar nuestra perfección, no a nuestro modo sino como place al Señor", I, 691. Esto puede ser una reminiscencia de S. Francisco de Sales: "Si somos santos según nuestra voluntad, no lo seremos nunca bien; es preciso serlo según la voluntad de Dios", *Cartas*, ed. Anney, t. III, p. 214. A la Brulart, septiembre 1606.

(169) II, 489, 808.

(170) I, 211-212.

(171) I, 286.

(172) I, 615.

(173) IV, 10.

(174) I, 251.

(175) I, 177.

(176) I, 403.

(177) I, 86.

(178) II, 737.

(179) II, 291.

(180) IV, 54.

(181) I, 43.

(182) II, 213.

(183) II, 234.

(184) II, 270.

(185) IV, 203-204.

(186) III, 72.

(187) I, 558.

(188) I, 54.

(189) II, 359.

(190) I, 695.

(191) III, 65.

(192) I, 552.

(193) I, 54-55. Con frecuencia S. Pablo de la Cruz propone a sus correspondientes oraciones jaculatorias y particularmente actos de abandono. Véase p.e. I, 528, 717-718, en que aconseja la jaculatoria "Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra". Para otros consejos sobre aspiraciones hacia la divina voluntad cfr. III, 203, 358.

(194) III, 65.

(195) I, 704.

(196) Escribe al P. Fulgencio: "... pero se recuerden que las penas y tribulaciones no van separadas de la verdadera santidad", II, 115. Se ha de notar también esta afirmación a Inés Grazi: "Cuanto más se avanza en el servicio de Dios, más aumenta el sufrimiento", I, 111.

(197) III, 756.

(198) II, 736.

(199) III, 302.

(200) I, 760.

(201) I, 686.

(202) III, 833.

(203) III, 218.

(204) I, 645. Cfr. también II, 584, 837; III, 662.

(205) II, 318.

(206) I, 491.

(207) "El más perfecto", cap. 15 y 17.

(208) II, 644.

(209) I, 512. Ser crucificados con Cristo, "... es el medio más eficaz para llegar a la perfección del santo, puro y simple amor". III, 758.

(210) I, 329.

(211) I, 491.

(212) III, 827.

(213) III, 459.

(214) II, 440; IV, 99.

(215) I, 134, 465; III, 415.

(216) *De imitatione Christi*, lib. II, c. 12, n. 7.

(217) I, 194, 574.

(218) I, 194. Hace falta subrayar las circunstancias de esta afirmación porque nos revelan (S. Pablo de la Cruz es muy avaro en confidencias) una de sus experiencias personales: "... Se recuerda, hija mía, que ayer en nuestra devota conversación le confié que cuando me ha ocurrido tener que sufrir alguna grande tempestad, si antes me postraba ante mi Amor Sacramentado, mi alma volaba en espíritu a abrazarme a aquella infinita caridad expuesta sobre el altar a la adoración de los pueblos, y había sentido al Salvador que me decía esta dulcísima palabra: Hijo, quien se abraza a mi, se abraza a las espinas".

(219) III, 602.

(220) III, 627.

(221) III, 629.

(222) II, 592.

(223) I, 298: "Cuando la cruz es más aflictiva y penetrante, es mejor; cuando el padecer está más privado de consolación, es más puro; cuando las creaturas nos son más contrarias, nos acercamos más a la unión con el Creador". Pablo habla también, y aquí tocamos la mística de la Pasión, de una "oración sin consuelo", p.e. a la Grazi, I, 155: "Estése sobre el lecho de la Cruz. Jesús oró tres horas sobre la Cruz, fué una oración verdaderamente crucificada, sin consuelo ni interior ni exterior. ¡Oh Dios!; qué grande enseñanza! Ruegue a Jesús que me la imprima en el corazón".

A Sor Mariana, enferma en el cuerpo y desolada en el espíritu, escribe: "¡Ah, hija, recuérdese que nuestro Divino Salvador fué tan oprimido en su oración, que sudó sangre! ¿Será gran cosa que haga usted compañía al dulce Jesús, cuando hace oración en opresión de cabeza y de corazón? Manténgase fielmente en la oración sin alivio, adorando al Altísimo en el templo interior de su alma, en espíritu y en verdad, en sagrado silencio de fe y de santo amor; y en medio a las más grandes aflicciones, opresiones y abandonos, no se lamente jamás, sino haga tan solo algún gemido de niña, imitando a Jesús agonizante en el Huerto, que no emitió otro lamento que decir: "Pater mi, fiat voluntas tua", II, 738.

(224) II, 300.

(225) II, 306.

(226) I, 153. Cfr. también IV, 25.

⁽²²⁷⁾ I, 330; también III, 384.

⁽²²⁸⁾ I, 616-617.

⁽²²⁹⁾ I, 216. Dirá también que: "... es necesario no mirar a la cara las consolaciones, sino al gran Dios de la consolación", I, 264. En una palabra, no hay que mirar sino solo a Dios, o sea "estar indiferente a sufrir o a gozar" como S. Pablo repite de buena gana. En otras palabras, porque la indiferencia es sinónimo del abandono, dice que hay que abandonarse a Dios tanto en el gozo como en el dolor, y no mirar sino a El solo, viviendo desprendido de todo lo creado.

⁽²³⁰⁾ La norma que escribió en 1736 vale para toda la vida de S. Pablo de la Cruz: "Mi puesto y mi reposo es la voluntad dulcísima de mi Dios", I, 157. El Santo buscó siempre la voluntad de Dios y "nada más", I, 318.

En 1741, ante la escasez de vocaciones, se resigna a la desaparición de su Congregación, si ésta es la voluntad de Dios: "Veo la obra nacida; pero veo también que hay mucha evidencia de que pueda morir en su nacimiento, porque no veo horizonte de que vengan Siervos de Dios que sean piedras fundamentales para levantar este edificio espiritual; puede ser, con todo, que desaparecido yo, que soy un estorbo, provea S.D.M.". Y añade: "Yo me preparo a todo y no hago otra cosa que resignarme y abandonarme en el divino beneplácito, dispuesto a ver esta obra realizada o destruida, si así lo quiere el Señor", II, 290, a la M. Crucificada Costantini en 1741.

Se siente todavía un poco la emotividad de estas palabras. Veinte años más tarde en ocasión de querer obtener los votos solemnes que habrían consolidado la Congregación como cuerpo jurídicamente constituido, se muestra más tranquilo y escribe: "Yo estoy indiferente y me encuentro igualmente contento, lo mismo si resulta próspera que adversa la tratativa, porque Dios me da la grazia de no desear ni querer otra cosa que su divino beneplácito", III, 122. Durante sus últimos años, en medio de las enfermedades que lo tienen postrado en el lecho y le impiden toda acción exterior, ya no tiene más que un pensamiento, que es el resultado de los esfuerzos de toda una vida: "... Gozo de que se haga siempre en mí y sobre mí la divina voluntad", IV, 165.

⁽²³¹⁾ I, 2: 23 noviembre.

⁽²³²⁾ I, 7: 6 diciembre.

⁽²³³⁾ I, 9: 10-13 diciembre.

⁽²³⁴⁾ I, 11: 21 diciembre.

⁽²³⁵⁾ I, 3: 25 nov.

⁽²³⁶⁾ I, 9: 10-13 dic.

⁽²³⁷⁾ I, 10: 15-18 dic.

⁽²³⁸⁾ I, 14: 23 dic.

⁽²³⁹⁾ I, 12: 21 dic.

⁽²⁴⁰⁾ I, 3: 26 nov.

⁽²⁴¹⁾ I, 14, 16: 26-29 dic.

⁽²⁴²⁾ I, 3: 26 nov.

⁽²⁴³⁾ I, 4: 27 nov.

⁽²⁴⁴⁾ I, 3: 25 nov.

⁽²⁴⁵⁾ I, 13: 21 dic.

⁽²⁴⁶⁾ I, 3: 25 nov.

⁽²⁴⁷⁾ S. Francisco de Sales es efectivamente el autor que más cita S. Pablo de la Cruz. Una carta de 1726 nos hace saber que en aquella época consultaba el *Tratado del Amor de Dios*, I, 64. Por los textos del Proceso de canonización (Cfr. P. Gaetano, *Doctrine...* p. 11) sabemos que, estando todavía en la casa paterna, Pablo leía asiduamente a S. Francisco de Sales y conocía profundamente su doctrina.